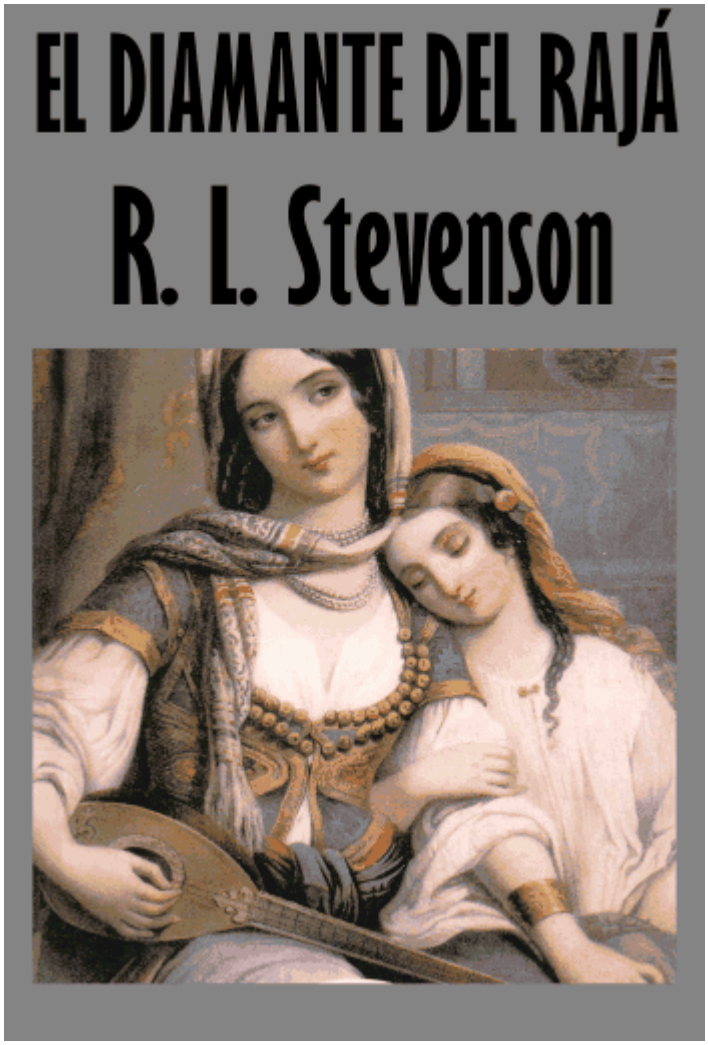
LIBRO dot.com

EL DIAMANTE DEL RAJÁ

R. L. STEVENSON



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Historia de la sombrerera

Harry Hartley había recibido la educación propia de un caballero hasta los dieciséis años, primero en una escuela privada y luego en una de esas grandes instituciones que forjaron la fama de Inglaterra. Manifestó entonces un notable desdén por el estudio y, como el único de sus padres que aún vivía era persona débil e ignorante, en adelante se le permitió dedicarse a actividades simplemente frívolas y elegantes. Dos años más tarde se encontró huérfano y casi mendigo. Por temperamento y formación Harry fue siempre incapaz de toda empresa activa o industriosa. Entonaba canciones románticas, acompañándose discretamente en el piano; no le faltaba gracia con las damas, aunque fuese más bien tímido; gustaba mucho del ajedrez; en fin, la naturaleza le había enviado al mundo con un aspecto más que atractivo. Era rubio y rosado, con saltones ojos de paloma y sonrisa simpática, tenía un aire de agradable ternura melancólica y modales suaves y halagadores. Dicho esto, es preciso reconocer que no se contaba entre los hombres que comandan ejércitos o presiden gobiernos.

Una ocasión favorable y algo de influencia hicieron que Harry consiguiera en su hora de desamparo el cargo de secretario privado del comandante general sir Thomas Vandeleur. Sir Thomas era un hombre de sesenta años, ruidoso, violento y dominante. Por alguna razón, por un servicio cuyo carácter se contaba en voz baja y se negaba con reiteración, el rajá de Kashgar había regalado a sir Thomas el sexto diamante del mundo. El obsequio convirtió al general, que siempre había sido pobre, en un hombre rico, y dejó de ser un militar vulgar y de pocos amigos para convertirse en una de las celebridades de Londres. Dueño del Diamante del Rajá, fue bien recibido en los círculos más exclusivos y hasta encontró a una hermosa dama de buena familia dispuesta a considerar como suyo el diamante, e incluso de casarse con sir Thomas Vandeleur. Por entonces solía decirse que, puesto que las cosas semejantes se atraen entre sí, una joya había atraído a otra; lady Vandeleur no sólo era una joya de muchos quilates, sino que ostentaba un engaste muy lujoso; varias autoridades respetables la colocaban entre las tres o cuatro mujeres mejor vestidas de Inglaterra.

Como secretario, los deberes de Harry no eran particularmente irritantes; pero todo trabajo prolongado le inspiraba verdadera aversión; le disgustaba mancharse los dedos de tinta; y los encantos de lady Vandeleur y sus ropajes le llevaban con mucha frecuencia de la biblioteca al gabinete. Tenía con las mujeres las maneras más delicadas, disfrutaba hablando de modas y nada le hacía más feliz que criticar el color de un lazo o llevar un encargo a la modista. En suma, la correspondencia de sir Thomas sufrió un retraso lamentable y la dueña de casa tuvo una nueva criada.

Un buen día el general, uno de los jefes militares más impacientes, se levantó de su asiento presa de un violento ataque de cólera e informó a su secretario que en adelante no tendría necesidad de sus servicios, valiéndose, a manera de explicación, de uno de aquellos gestos que muy rara vez se usan entre caballeros. Por desgracia, la puerta estaba abierta y el señor Hartley rodó por las escaleras.

Se incorporó algo maltrecho y profundamente resentido. La vida en casa del general era de su predilección; su condición, más o menos ambigua, le permitía alternar con la gente distinguida; trabajaba poco, comía muy bien y en presencia de lady Vandeleur le invadía una vaga complacencia a la que en su propio corazón daba un nombre más enfático.

Inmediatamente después de sufrir el ultraje inferido por el pie militar, corrió al gabinete a contar sus penas.

-Sabe usted muy bien, mi querido Harry -le dijo lady Vandeleur, que le llamaba por su nombre, como a un niño o a un criado-, que usted no hace nunca, ni por casualidad, lo que le

ordena el general. Tampoco yo, me dirá usted. Pero la cosa es distinta. Una mujer puede hacerse perdonar un año entero de desobediencia con un solo acto de hábil sumisión; además, no se acuesta con su secretario. Sentiré mucho perderle pero, como no puede quedarse donde le han insultado, le deseo buena suerte y le prometo que el general se arrepentirá de su comportamiento.

Harry se sintió anonadado; se le cayeron las lágrimas y se quedó mirando a lady Vandeleur con un gesto de tenue reproche.

-Señora -dijo-, ¿qué es un insulto? Toda persona seria puede perdonarlos por docenas. Pero abandonar a los amigos; romper los lazos del afecto...

No pudo seguir, pues le ahogaba la emoción, y se echó a llorar.

Lady Vandeleur le miró con una expresión curiosa.

«Este joven imbécil -pensaba- cree estar está enamorado de mí. ¿Por qué no servirme de él? Tiene buena pasta, es servicial, sabe de modas. Además, así no se meterá en líos: es demasiado guapo para dejarle suelto en plaza.»

Esa noche habló con el general, que se sentía un poco arrepentido de su verborragia, y Harry fue transferido al área femenina, en el que su vida se hizo poco menos que celestial. Siempre iba vestido de punta en blanco, lucía delicadas flores en el ojal y atendía a todo visitante con tacto y buen humor. Su relación servil con una dama tan hermosa le llenaba de orgullo; recibía las órdenes de lady Vandeleur como muestras de favor; gustaba de exhibirse ante otros hombres, que se burlaban de él y le despreciaban, en su condición de criada y modista masculino. No se cansaba de pensar en su existencia, considerándola bajo un punto de vista moral. La maldad le parecía un atributo fundamentalmente viril, y pasar los días con una mujer tan fina, ocupado sobre todo de sus vestidos y alhajas, era como vivir en una isla encantada en medio del proceloso mar de la vida.

Una mañana entró al salón y comenzó a arreglar unos partituras sobre el piano. Al otro extremo de la habitación, lady Vandeleur conversaba animadamente con su hermano, Charlie Pendragon, un joven con una fuerte cojera a quien la vida disipada había envejecido antes de tiempo. El secretario privado, a cuya entrada no prestaron atención, escuchó sin querer lo que hablaban.

-Ahora o nunca -decía la señora-. Debe ser hoy, de una vez por todas.

-Pues hoy, si así debe ser -respondió su hermano con un suspiro-. Pero es un error, Clara, un grave error que nos pesará en el alma.

Lady Vandeleur miró a su hermano fijamente, de manera algo extraña.

-Te olvidas de que, al fin y al cabo, ese hombre debe morir -le dijo.

-Mi querida Clara -dijo Pendragon-, eres la bribona más desalmada de Inglaterra.

-Y vosotros los hombres sois tan groseros que no sabéis distinguir los matices -contestó ella-. Sois rapaces, rudos, incapaces de la menor distinción y, sin embargo, cuando una mujer se permite ser precavida, os lleváis las manos a la cabeza. Carezco de paciencia para soportar esas tonterías; despreciaríais en un banquero la estupidez que esperáis de nosotras.

-Es posible que tengas razón -admitió su hermano-. Siempre fuiste más lista que yo. Ya sabes mi lema: «Ante todo la familia».

-Sí, Charlie -respondió ella, cogiendo la mano de su hermano entre las suyas-. Conozco tu lema mejor que tú. Y «antes que la familia, Clara». ¿No es ésa la segunda parte? Eres el mejor de los hermanos y te quiero mucho.

El señor Pendragon se puso en pie, confundido por tantos mimos fraternales.

-Más vale que no me vean -dijo-. Sé mi papel al pie de la letra y no perderé de vista al manso gatito.

-Eso, sobre todo -respondió ella-. Es un bicho muy miedoso y puede echarlo todo a perder.

Le lanzó un beso con la mano y su hermano se retiró, pasando por el gabinete y la escalera de servicio.

-Harry -dijo lady Vandeleur, volviéndose a su secretario tan pronto como estuvieron solos-, tengo un encargo para usted esta mañana. Tendrá que coger un coche, no quiero que mi secretario camine con este sol, que es malo para la piel.

Dijo estas palabras con énfasis, con una mirada de orgullo semimaternal; el pobre Harry, feliz, se declaró encantado de servirla.

-Éste será otro de nuestros grandes secretos -siguió diciendo la señora-, nadie debe saberlo, salvo mi secretario y yo. Sir Thomas haría un escándalo: ¡si supiera usted lo que estoy me molestan sus escenas! Ah, Harry, Harry: ¿puede explicarme por qué son los hombres tan injustos y prepotentes? No, sé muy bien que no puede, puesto que es el único hombre del mundo que lo ignora todo de las pasiones vergonzosas. ¡Usted es tan bueno y amable! Al menos, puede ser amigo de una mujer y, ¿sabe?, creo que, en comparación, los demás parecen todavía más desagradables.

-Es usted quien se porta amablemente conmigo -dijo Harry, siempre galante-. Me trata como...

-Como una madre -le interrumpió lady Vandeleur-. Trato de ser una madre para usted. O, por lo menos -se corrigió, con una sonrisa-, casi una madre. Creo ser demasiado joven todavía. Digamos que una amiga, una querida amiga.

Se interrumpió lo suficiente para que sus palabras hiciesen efecto en el sentimental joven, aunque no lo bastante como para darle tiempo a responder.

-Pero todo esto no viene al caso -siguió diciendo-. Encontrará usted, a la izquierda, en el armario de roble, una sombrerera: está bajo el vestido color rosa que me puse el miércoles, junto a mi encaje de Malinas. Llévela en el acto a esta dirección -y le dio un papel-, pero no la entregue de ninguna manera hasta que no le hayan dado un recibo escrito por mí misma. ¿Me entiende usted? Conteste, por favor..., ¡contésteme! Esto es de la mayor importancia y debo pedirle toda su atención.

Harry la tranquilizó repitiendo sus instrucciones, y la señora iba a continuar cuando el general Vandeleur penetró atropelladamente al apartamento, rojo de ira, llevando en la mano lo que parecía ser una larga y minuciosa cuenta de la modista.

-¿Quiere usted ver esto, señora? -exclamaba a gritos-. ¿Quiere usted tener la bondad de echar una mirada a esta factura? Sé muy bien que se casó usted conmigo por mi dinero, y estoy dispuesto a ser tan indulgente como cualquier otro oficial pero, ¡vive Dios!, hay que poner fin a este vergonzoso dispendio.

-Señor Hartley -dijo lady Vandeleur-, creo que ha entendido usted la comisión. Le ruego que vaya ahora mismo. -Un momento -dijo el general, dirigiéndose a Harry-. Dos palabras, antes de que se vaya usted. -Y, volviéndose a su mujer: ¿Cuál es la comisión de este joven? Permítame decirle que no confío en él más que en usted. Si le quedase un mínimo de honradez no se habría marchado de esta casa, y lo que hace para ganarse su sueldo es un misterio general. ¿Dónde le envía usted, señora? ¿Y por qué tan de prisa?

-Creí que quería decirme algo en privado -respondió la señora.

-Habló usted de una comisión -insistió el general-. No trate de engañarme en mi estado de ánimo. Estoy seguro de que habló de una comisión.

-Si se empeña en que los criados sean testigos de estas humillantes discusiones -respondió lady Vandeleur-, tal vez debo pedirle al señor Hartley que tome asiento. ¿No? Entonces puede irse, señor Hartley. Confío en que recuerde todo lo presenciado en esta habitación: puede serle útil.

Harry huyó del salón y, mientras subía corriendo a los altos, siguió oyendo la voz del general, con tonos más declamatorios, y la aguda voz de lady Vandeleur, que interponía respondía heladamente cada vez que se le presentaba la ocasión. ¡Qué admiración sentía Harry por la mujer! ¡Con qué habilidad sabía eludir una pregunta indiscreta! ¡Con qué des-

caro tan seguro de sí había repetido sus instrucciones ante las mismas barbas del enemigo! Y, de otra parte, ¡cómo detestaba al marido!

Nada había de extraño en lo ocurrido esa mañana, pues tenía por costumbre cumplir misiones secretas a lady Vandeleur, sobre todo con la modista. Harry sabía muy bien el terrible secreto que escondía la casa: la extravagancia sin fondo de la señora y sus deudas incalculables habían devorado hacía tiempo su fortuna y amenazaban día a día acabar con la del marido. Una o dos veces al año parecía que el escándalo y la ruina eran inminentes. Entonces Harry trotaba a toda clase de tiendas, contaba mentiras, entregaba pequeños adelantos a cuenta, hasta que todo se arreglaba y la dama y su fiel secretario volvían a respirar. Harry se hallaba doblemente comprometido con uno de los dos bandos: no sólo adoraba a lady Vandeleur y aborrecía al marido, sino que su temperamento simpatizaba con el amor a la elegancia; las únicas extravagancias que él mismo se permitía eran con el sastre.

La sombrerera estaba donde le habían dicho, se arregló cuidadosamente para salir y dejó la casa. Era una mañana de sol; debía recorrer una distancia considerable y recordó con desaliento que la brusca irrupción del general había impedido que lady Vandeleur le entregase dinero para un coche. En un día tan caluroso, una caminata tan larga podía hacerle daño, y atravesar Londres con una caja de sombreros bajo el brazo era una humillación casi insoportable a un joven de su temperamento. Se detuvo a pensar lo que debía hacer. Los Vandeleur vivían en Eaton Place y su destino se hallaba cerca de Notting Hill: debía cruzar el parque, evitando los senderos más frecuentados, y dio gracias a su buena estrella de que todavía fuese relativamente temprano.

Alegre de librarse de su íncubo, echó a caminar algo más rápido que de costumbre, y ya estaba muy entrado en el parque de Kensington cuando, en un lugar solitario y entre árboles, se topó cara a cara con el general.

-Usted perdone, sir Thomas -dijo Harry, haciéndose a un lado cortésmente, pues el otro se había plantado en medio del camino.

-¿Dónde va usted, señor? -preguntó el general.

-Doy un paseo por el parque -contestó el joven. El general golpeó la sombrerera con el bastón.

-¿Con eso? -gritó-. Miente usted, señor, y sabe muy bien que miente.

-Sir Thomas -dijo Harry-, no estoy acostumbrado a que se me trate de esa forma.

-No entiende usted su situación -dijo el general-. Es usted mi criado, y además un criado que me inspira las más graves sospechas. ¿Cómo puedo saber que la sombrerera no está llena de mis cucharitas de té?

-Es la caja del sombrero de copa de un amigo -dijo Harry.

-Muy bien -respondió el general Vandeleur-. Entonces, quiero ver ese sombrero de copa. Los sombreros me inspiran gran curiosidad -añadió torvamente-, y usted sabe muy bien que no me gusta andar con rodeos.

-Le ruego que me perdone, sir Thomas -se disculpó Harry-. Lo siento muchísimo, pero es un asunto privado. El general le cogió bruscamente del brazo y levantó con una mano el bastón, en ademán de lo más amenazador. Harry se creía ya perdido, pero en ese momento el cielo le envió un defensor inesperado en la persona de Charlie Pendragon, quien apareció entre los árboles.

-No haga usted eso, general -dijo-; no es ni cortés ni valiente.

-¡Ah! -exclamó el general, volviéndose a su nuevo antagonista-. ¡Señor Pendragon! ¿Supone usted, señor Pendragon, que porque he tenido la desgracia de casarme con su hermana debo permitir que me persiga y me detenga un libertino arruinado y desacreditado como usted? Mi relación con lady Vandeleur, señor, me ha quitado las ganas de ver a los demás miembros de la familia.

-¿Y se imagina usted, general Vandeleur -replicó Charlie-, que porque mi hermana tuvo la desgracia de casarse con usted ha renunciado a todos los derechos y privilegios de una dama? Ese matrimonio, no lo niego, le hizo perder su posición pero, ante mis ojos sigue siendo una Pendragon. Vengo a defenderla de un ultraje tan poco caballeresco, y ya puede usted ser diez veces su marido: no permitiré que se limite su libertad, ni que se detenga por la violencia a sus mensajeros privados.

-¿Qué me dice usted, señor Hartley? -dijo el general-. Parece que el señor Pendragon es de mi misma opinión. También él cree que lady Vandeleur tiene algo que ver con el sombrero de copa de su amigo.

Charlie comprendió que había cometido un error imperdonable y se apresuró a repararlo.

-¿Cómo, señor? -dijo-. ¿Que yo sospecho algo, dice usted? Yo no sospecho nada. Me ha bastado ver que usted abusa de su fuerza y maltrata a los inferiores, para tomarme la libertad de intervenir.

Y mientras decía estas palabras le hacía señas a Harry, pero éste era demasiado lento o estaba demasiado turbado para comprenderlas.

-¿Cómo debo entender su actitud, señor? -quiso saber el general.

-Señor, como usted quiera -respondió Pendragon.

El general levantó otra vez el bastón y lanzó un golpe a la cabeza de Charlie quien, aunque cojo, lo paró con el paraguas, se adelantó y sujetó a su formidable adversario.

-¡Corra, Harry, corra! -gritaba-. ¡Rápido, idiota! Harry quedó petrificado durante un instante, observando a los dos hombres que forcejeaban en feroz abrazo y luego, dando media vuelta, se echó a correr. Todavía lanzó una mirada por encima del hombro, y vio al general por tierra, tratando esfuerzos por incorporarse, y a Charlie que le había puesto la rodilla encima; el parque parecía lleno de gente que corría de todas partes hacia el lugar de la pelea. El espectáculo agregó alas a los pies del secretario, que no disminuyó su carrera hasta llegar a Bayswater Road e internarse al azar en una callejuela poco frecuentada.

La imagen de dos caballeros conocidos aporreándose brutalmente fue para Harry algo verdaderamente espantoso. Quería olvidar lo que había visto; sobre todo, deseaba alejarse lo más posible del general Vandeleur; en su ansiedad, no pensó más en el lugar al que se dirigía y siguió para adelante, apurado y tembloroso. Cuando se acordaba de que lady Vandeleur estaba casada con uno de los gladiadores y era hermana del otro, sentía profunda compasión por alguien con tan mala suerte en la vida. Hasta su propio puesto en casa del general se le antojaba menos agradable que de costumbre a la luz de hechos tan desagradables.

Había avanzado cierta distancia absorto en estas meditaciones, cuando un ligero choque con un transeúnte le recordó la sombrerera que llevaba bajo el brazo.

-¡Cielos! -exclamó-. ¿Dónde tengo la cabeza? ¿Y dónde estoy?

Y consultó el sobre que le había dado la señora. En él constaban las señas, pero no había nombres. Las instrucciones de Harry eran «preguntar por el caballero que esperaba un paquete de parte de lady Vandeleur» y, si no estaba en casa, aguardar su regreso. El hombre, añadía la nota, debía entregarle un recibo de puño y letra de la propia señora. Aquello parecía muy misterioso, y a Harry le admiraban sobre todo la falta de nombre y la formalidad del recibo. No le había llamado la atención cuando lo escuchó pero, leyéndolo con sangre fría, y en relación con otros detalles extraños, se convenció de que estaba metido en un lío muy peligroso. Durante un segundo llegó a dudar de la propia lady Vandeleur, pues unos manejos tan turbios eran indignos de una gran dama, y se sentía más crítico por que ella no le había revelado sus secretos. No obstante, la señora ejercía un dominio tan grande sobre su espíritu que desechó sus sospechas y hasta se reprochó amargamente haberlas abrigado durante un momento.

Su deber y su interés coincidían en algo: su generosidad y sus temores; debía librarse con toda la rapidez posible de la sombrerera.

Librodot

Preguntó por la dirección al primer policía que vio y supo que no se hallaba lejos de su destino. Unos minutos de caminata le llevaron a una pequeña casa recién pintada y mantenida con el cuidado más escrupuloso. El llamador y la campanilla estaban relucientes, las ventanas adornadas con macetas de flores y provistas de ricas cortinas que ocultaban el interior a las miradas curiosas. El lugar tenía un aire de reposo y de secreto, y Harry, ganado por el ambiente, golpeó la puerta con la mayor discreción, quitándose con especial cuidado el polvo de los zapatos.

Una criada bastante atractiva le abrió la puerta y pareció observar al secretario con ojos llenos de simpatía.

-Traigo un paquete de lady Vandeleur -dijo Harry. -Ya lo sé -respondió la muchacha-, pero el caballero no se encuentra en casa. ¿Quiere usted dejar el paquete? -No puedo. Tengo instrucciones de entregarlo sólo bajo cierta condición. Le ruego que permita que le espere. -Bueno -dijo ella-. Supongo que puedo permitírselo. Estoy muy sola, se lo aseguro, y usted no parece de esos tipos que devoran jovencitas. Pero no me pregunte el nombre del caballero porque no se lo puedo decir.

-¡Caramba! -exclamó Harry-. ¡Qué cosa más rara! Pero desde hace un tiempo voy de sorpresa en sorpresa. Creo que puedo preguntarle algo sin ser indiscreto: ¿es el dueño de la casa?

-Es un inquilino, y desde hace unos ocho días -respondió la criada-. Y ahora le hago yo una pregunta: ¿conoce usted a lady Vandeleur?

-Soy su secretario privado -dijo Harry, con el fuego del orgullo contenido.

-¿Es bonita, verdad?

-¡Ah, hermosísima! Muy bonita, y buena, y amable.

-Usted también parece amable -dijo ella-, y le apuesto que vale por una docena de esas ladies Vandeleur.

Harry se sintió escandalizado.

-¡Yo soy el secretario, nada más!

-¿Lo dice por mí? -preguntó la joven-. Porque yo soy la criada y nada más. -Y luego, ante la evidente confusión de Harry, agregó-: Ya sé que no lo dice con mala intención. Me cae usted bien y su lady Vandeleur no me importa nada. ¡Oh, estos señores! -añadió, levantando la voz-. Enviar a un caballero de verdad como usted, con esa caja de sombreros, y a pleno día.

Mientras conversaban habían mantenido en las posiciones de un comienzo, ella en el umbral, él en la acera, con la cabeza descubierta para estar más fresco y la caja bajo el brazo. Pero después de estas últimas palabras, Harry no pudo soportar tantos elogios a quemarropa, ni la mirada incitadora que los acompañaba, y empezó a moverse y a mirar, algo confuso, a derecha e izquierda. Al volver la cara hacia el extremo inferior de la calle, sus ojos tropezaron, para su indescriptible desaliento, con los del general Vandeleur. El general, en un arrebato de calor, urgencia e indignación, recorría las calles en busca de su cuñado pero, tan pronto como divisó al delincuente secretario, cambió de propósito, su cólera se encauzó por una nueva vía, y se precipitó a su encuentro con muecas y vociferaciones de lo más soeces.

Harry entró de un salto en la casa, empujando a la criada delante suyo, y pegó un portazo en las narices de su perseguidor.

-¿Hay una tranca? ¿La puerta se cierra con llave? -preguntó, mientras toda la casa resonaba con la salva de golpes que el general descargaba con el llamador.

-¿Por qué, qué le pasa? -dijo la criada-. ¿Le asusta ese señor?

-Si me atrapa soy hombre muerto -contestó Harry en susurros-. Me ha perseguido todo el día y lleva un estoque en el bastón; es un oficial del ejército de la India.

-¡Qué manera de portarse! ¿Y cómo se llama?

-Es el general para quien trabajo. Quiere apoderarse de esta sombrerera.

-¿No se lo dije? -dijo la joven con un gesto de triunfo-. Ya sabía yo que su lady Vandeleur no valía nada, y si usted tuviera ojos en la cara, también lo vería. ¡Una descarada, una falsa, se lo digo yo!

El general continuaba en sus ataques con el aldabón y, furioso por que no le abrían, empezó a lanzar puntapiés y puñetazos contra la puerta.

-Afortunadamente estoy sola en la casa -observó la muchacha-. Su general puede dar golpes hasta que se harte, no hay nadie para abrirle. ¡Venga conmigo!

Al decir esto, condujo a Harry a la cocina, le hizo sentarse y se quedó junto a él, poniéndole afectuosamente la mano en el hombro. El estrépito de los aldabonazos, lejos de disminuir, se hacía atronador, y cada golpe hacía temblar al pobre secretario.

-¿Cómo se llama usted? -preguntó la muchacha.

-Harry Hartley.

-Yo me llamo Prudence. ¿Le gusta mi nombre?

-Es encantador -dijo Harry-. Pero oiga esos golpes. Ese hombre acabará por romper la puerta y, Dios me ayude, será para mí una muerte segura.

-Se altera demasiado -contestó Prudence-. Déjele que golpee, se lastimará las manos. ¿Cree usted que lo tendría aquí si no estuviese segura de salvarle? No, yo soy buena amiga de la gente que me cae bien, y la puerta de servicio da a otra calle. Pero -añadió, pues Harry se había puesto en pie de un salto al oír la buena noticia- no se la enseñaré si no me besa. ¿Quiere darme un besito, Harry?

-Por supuesto -respondió Harry, acordándose de su galantería-. Y no porque exista una puerta de servicio, sino porque es usted tan buena y tan bonita.

Y le administró dos o tres cariños que fueron retribuidos en especie.

Luego Prudence le llevó hasta la puerta y, poniendo la mano en la llave, le preguntó:

-¿Vendrá usted a verme?

-¡Claro que sí! -dijo Harry-. ¿No le debo acaso la vida?

-Ahora -dijo ella, abriendo la puerta- corra todo lo que pueda, que voy a dejar entrar al general.

Harry no tenía necesidad del consejo; el miedo le daba alas, y se dedicó a huir con la mayor diligencia. Unos cuantos pasos, pensaba, y superadas las pruebas, podría volver junto a lady Vandeleur con honor y seguridad. Pero no había dado esos pasos y ya escuchaba una voz de hombre llamándole por su nombre entre maldiciones; al volver la cabeza vio a Charlie Pendragon que agitaba los brazos, haciéndole señas de regresar. La sorpresa de este nuevo incidente fue tan súbita y profunda, y Harry había llegado a tal punto de tensión nerviosa, que no se le ocurrió nada mejor que aumentar la velocidad de su fuga. Tendría que haber recordado, por supuesto, la escena en el parque de Kensington; debiera haber pensado que, si el general era su enemigo, Charlie Pendragon sólo podía ser un aliado. No obstante, tal era la fiebre y alteración de su ánimo que no tuvo presentes estas consideraciones y continuó calle arriba como alma que lleva el diablo.

Por su tono de voz y las imprecaciones que lanzaba contra el secretario, era claro que Charlie estaba enfurecido; corría también, lo más de prisa que podía, pero se hallaba en desventaja, y a pesar de sus gritos y los golpes que daba con el pie cojo contra el pavimento, empezó a perder cada vez más terreno.

Harry sintió que renacían sus esperanzas. La calle era estrecha y empinada, pero muy solitaria, con muros de jardines cubiertos de hiedra a ambos lados, y el fugitivo no veía delante de sí ni una sola persona, ni una puerta abierta. La Providencia, cansada de la persecución, le allanaba la ruta de escape.

¡Ay! Cruzaba delante de un jardín cuando de pronto se abrió una puerta, a la sombra de unos castaños, y vio la figura de un chico de carnicero, con una bandeja vacía, que se disponía a salir. Harry apenas si reparó en su presencia y ya estaba unos pasos más lejos, pero

Librodot

el muchacho tuvo tiempo de observarle. Le sorprendió mucho que un caballero corriendo por la calle y lanzó detrás de sí gritos burlones.

Aquel mandadero hizo que Charlie Pendragon tuviera una nueva idea y, aunque casi sin aliento, tuvo fuerzas para levantar una vez más la voz:

-¡Al ladrón! -gritó-. ¡Al ladrón!

Y el chico del carnicero, repitiendo el grito, se unió en el acto a la persecución.

Fue un momento amargo para el pobre secretario. El miedo le hizo acelerar su carrera y ganar terreno sobre sus perseguidores, pero sabía que pronto estaría agotado y, si se topaba con alguien que viniese en dirección opuesta, su situación, en una calle tan estrecha, sería desesperada.

«Debo hallar donde esconderme -pensó-, y tiene que ser pronto o todo habrá terminado para mí en esta vida.» No bien le había pasado esta idea por la cabeza, cuando la calle dobló a un lado y sus adversarios le perdieron de vista. Hay momentos en los que el menos tenaz de los hombres aprende a portarse con energía y firmeza, y el más precavido olvida su prudencia y adopta una decisión temeraria. Esta fue una de esas situaciones para Harry Hartley, y los que mejor le conocían hubieran sido los más asombrados ante su audacia. Se detuvo de repente, lanzó la sombrerera por encima del muro, saltó con gran agilidad y, con la ayuda de las manos, pasó del otro lado y cayó de cabeza en el jardín.

Recobró el sentido poco después, sentado en medio de un arriate de rosales. Le sangraban las manos y las rodillas que se había cortado al saltar, pues el muro estaba protegido por una gran cantidad de cascos de botella; sentía todo el cuerpo descoyuntado y una molesta sensación de mareo. Frente a él, más allá del jardín, que estaba maravillosamente ordenado y lleno de flores del perfume más agradable, vio la parte trasera de una casa. Era una casa grande e indudablemente habitada pero, en contraste con el jardín, era de apariencia fea, descuidada, algo siniestra. Los muros del jardín la rodeaban por todas partes.

Harry lo veía todo, pero su cabeza no conseguía registrar las cosas ni llegar a una conclusión racional. Oyó que alguien se aproximaba por el sendero y desvió la vista en esa dirección, sin saber si defenderse o huir.

El hombre que acababa de llegar era un personaje robusto, tosco, de aspecto mezquino, vestido de jardinero y con una regadera en la mano izquierda. Una persona más en sus cabales se habría alarmado al ver su enorme estatura y la feroz mirada de sus ojos negros. Harry se hallaba excesivamente aturdido por la caída para tener miedo; no le quitó al jardinero los ojos de encima, pero no hizo nada y le permitió acercarse, cogerle del hombro y ponerle bruscamente de pie sin oponer, por su parte, la menor resistencia.

Durante un momento se miraron lentamente a los ojos, Harry fascinado y el hombre muy colérico, con expresión cruel y burlona.

-¿Quién eres tú? -preguntó por fin-. ¿Quién eres tú que saltas mi muro y destrozas mi Gloire de Dijon? ¿Cuál es tu nombre? -agregó, sacudiéndole-. ¿A qué has venido? Harry no lograba dar una sola palabra de explicación. En ese instante Pendragon y el muchacho cruzaron corriendo al otro lado del muro, y el ruido de sus pasos y sus gritos enronquecidos retumbaron en la calle. Las preguntas habían hallado respuesta y el jardinero dirigió su mirada a Harry con una sonrisa odiosa.

-¡Un ladrón! -dijo-. Creo que te debes ganar bien la vida, porque vas muy bien vestido, como un caballero. ¿No te da vergüenza ir tan bien aseado, cuando tanta gente honrada no dispone de ropas así ni de segunda mano? ¡Habla, rufián! Entiendes inglés, supongo, y tú y yo tenemos muchas cosas que hablar antes de que te lleve a la comisaría.

-Señor, esto es una equivocación -le contestó Harry-. Si quiere usted venir conmigo a casa de sir Thomas Vandeleur, en Eaton Place, le garantizo que todo podrá aclararse. La persona más respetable, me doy cuenta ahora, puede fácilmente convertirse en un sospechoso.

-Mira, jovenzuelo -dijo el jardinero-, contigo no voy sino a la comisaría de aquí al lado. El inspector irá a Eaton Place, y tendrá mucho gusto en tomar el té con tus grandes amistades. ¿O quieres que vayamos a ver al ministro? ¡Sir Thomas Vandeleur, dice! ¿Crees que no conozco a un caballero cuando le veo, y que le voy a confundir con un bellaco como tú? Ya puedes vestirte como quieras, que a mí no me engañas. ¡Miren esa camisa, que debe valer más que mi sombrero del domingo, y esa chaqueta acabada de estrenar, y esas botas!

La mirada del hombre había ido bajando y, de repente, detuvo sus comentarios ofensivos y se quedó con los ojos fijos en el suelo. Cuando volvió a hablar su voz se había alterado manera extraña.

-¿Pero qué es esto, en nombre del Señor?

Harry siguió la mirada del jardinero y vio un cuadro que le dejó mudo de sorpresa y terror. Al caer había aplastado con el cuerpo la sombrerera, que se había partido en dos, dejando a la vista un gran tesoro de diamantes, ahora hundidos en la tierra o esparcidos por el suelo con abundancia majestuosa y espléndida. Vio una magnífica diadema que había admirado muchas veces en lady Vandeleur; anillos y prendedores, pendientes y brazaletes, y hasta diamantes sin engastar, caídos entre los rosales como gotas de rocío matinal. Entre los dos hombres había por tierra un tesoro inmenso: un tesoro en su forma más atrayente, maciza y durable, que podía llevarse en un delantal, bellísimo en sí mismo, brillando a la luz del sol con mil destellos de todos los colores.

-¡Dios mío! -dijo Harry-. ¡Estoy perdido!

En ese momento su mente regresó al pasado con la velocidad incalculable del pensamiento y empezó a comprender sus aventuras del día, a coordinarlas como un todo y a reconocer la amarga situación en la que se hallaba involucrado. Miró alrededor tratando de encontrar ayuda, pero estaba solo en el jardín, con los diamantes desparramados y junto a su terrible interlocutor, y no oía sino el rumor de las hojas y los rápidos latidos de su propio corazón. No es de sorprender que, perdiendo el ánimo, el joven repitiera con voz quebrada: -¡Estoy perdido!

El jardinero miraba en todas direcciones con aire culpable, pero no había nadie asomado a las ventanas y pareció tranquilizarse.

-¡Ten valor, idiota! -dijo-. Lo peor ya ha pasado. ¿Cómo no me dijiste que hay bastante para dos? ¿Para dos? ¡Para doscientos! Vámonos de aquí, que nos pueden ver, y por amor de Dios, ponte el sombrero y límpiate. No puedes dar dos pasos con ese aspecto irrisorio.

Sin pensarlo, Harry hizo lo que el otro le decía; el jardinero se arrodilló y se puso a recoger las joyas, metiéndolas otra vez en la sombrerera. Nada más tocar los riquísimos cristales, su robusta figura se estremeció de pies a cabeza; la cara se le transfiguró, le brillaron los ojos de codicia; más aún, pareció demorar lujuriosamente su ocupación acariciando cada uno de los diamantes. Por fin, ocultó la caja entre sus ropas e hizo a Harry una señal de que le siguiera, dirigiéndose a la casa.

Cerca de la puerta hallaron a un joven, sin duda un religioso, moreno y muy bien plantado, pulcramente vestido como corresponde a su casta, en cuyo aspecto se combinaban debilidad y resolución. El jardinero pareció contrariado por el encuentro, pero puso la mejor cara que pudo y, acercándose al clérigo con aire sonriente y obsequioso, le dijo:

-Hermosa tarde tenemos, señor Rolles. ¡Una hermosa tarde, como que Dios es grande! Este joven es un buen amigo que ha venido a ver mis rosas. Me he tomado la libertad de traerle y no creo que ninguno de los inquilinos se oponga.

-En cuanto a mí -contestó el reverendo señor Rolles-, no me opongo, ni creo que los demás puedan oponerse en un asunto de tan intranscendente. El jardín es suyo, señor Raeburn, ninguno de nosotros debe olvidarlo; y no porque nos haya permitido pasearnos por él tendremos la osadía de entrometernos, abusando de su cortesía, en lo que quieran sus

amigos. Pero, si no me equivoco -añadió-, este caballero y yo nos conocemos. El señor Hartley, me parece. Lamento ver que se ha caído usted.

Y tendió la mano.

Una dignidad excesivamente delicada, y la intensión de retrasar en lo posible toda aclaración, hizo que Harry desaprovechara aquella oportunidad de recibir ayuda. Negó su propia identidad y prefirió las bondades del jardinero, que por lo menos era un desconocido, a la curiosidad y quizá las dudas de alguien que le conocía.

-Me temo que se trata de una equivocación -respondió-. Me llamo Thomlimson y soy amigo del señor Raeburn. -¿En verdad? -dijo el señor Rolles-. El parecido es asombroso.

El señor Raeburn, que había estado en ascuas durante toda la conversación, creyó oportuno ponerle punto final. -Le deseo a usted un buen paseo, señor -dijo.

E hizo entrar a Harry a la casa; era una habitación que daba sobre el jardín. En primer lugar bajó las persianas, pues el señor Rolles seguía donde le habían dejado, con aire de reflexión y asombro. Después vació la sombrerera rota sobre una mesa y se sentó ante el tesoro así desplegado, frotándose las manos en los muslos, en un éxtasis de codicia. Para Harry, observar la cara de aquel hombre poseído por una emoción tan baja fue un nuevo golpe, además de los muchos que había recibido. Le parecía increíble que su vida, hasta entonces tan pura y delicada, se viera envuelta de pronto en algo tan sórdido y criminal. En conciencia, no tenía el menor pecado que reprocharse, pero padecía sus penas en sus formas más agudas y crueles: el miedo al castigo, la desconfianza en los buenos, la sociedad y la contaminación con seres despreciables y brutales. Hubiera dado con gusto su vida por escapar de la habitación y de la compañía del señor Raeburn.

-Bien -dijo este último, cuando hubo colocado las joyas en dos montones casi idénticos y acercado uno de ellos a sí-, todo se paga en este mundo, y a veces de formas muy agradables. Debe usted saber, señor Hartley, si ése es su nombre, que soy hombre de buen carácter y que esta generosidad fue mi condena toda la vida. Ahora mismo podría embolsarme todas estas lindas piedrecitas, si se me antojara, y quisiera ver si se atreve usted a decirme algo. Pero me ha caído usted bien y la verdad es que no quisiera perjudicarle. De modo que, por pura amabilidad, le propongo que las dividamos. Éstas -continuó diciendo, mientras señalaba con un gesto los dos montones- me parecen partes justas y amistosas. ¿Me permite preguntarle si tiene alguna objeción, señor Hartley? No voy a discutir por un prendedor más o menos.

-¡Señor, me propone usted algo imposible! -respondió Harry-. Las joyas no son mías y no puedo dividirlas con nadie, cualquiera sea la proporción.

-¿No son suyas, entonces? -replicó Raeburn-. ¿Y no puede usted compartirlas con nadie? Pues bien, eso es lo que yo llamo una pena, porque no me queda más remedio que entregarle a la policía. La policía..., ¡piense en el deshonor de sus pobres padres; piense -y cogió a Harry por la muñeca-, piense en las cárceles coloniales y el día del Juicio Final!

-Nada puedo hacer -decía Harry con voz quejumbrosa-. No es culpa mía. ¿No quiere venir conmigo a Eaton Place?

-No -dijo el hombre-. De eso nada. Vamos a repartirnos estos chismes aquí mismo.

Y de pronto retorció con violencia la muñeca del joven. Harry lanzó un grito de dolor y su cara se cubrió de sudor. Quizás el pánico y el dolor avivaron su inteligencia, pues no cabe duda de que en ese momento, en un abrir y cerrar de ojos, vio todo lo que sucedía con una luz muy distinta, lo único razonable era aceptar el trato con el bribón, confiando en que, en circunstancias más favorables, libre ya de toda sospecha, podría dar con la casa y obligarle a devolver el botín.

-De acuerdo -dijo.

-Así me gusta -dijo con socarronería el jardinero-. Ya sabía yo que antepondrías tus intereses. Quemaré la sombrerera con las basuras, pues algún curioso podría reconocerla; tú recoge tus piedras y mételas en el bolsillo.

Harry obedeció; Raeburn le miraba hacer y, de vez en cuando, un vivo destello encendía su codicia; entonces quitaba una joya de la parte del secretario y la añadía a la suya.

Cuando Harry hubo terminado, se dirigieron a la puerta de calle. Raeburn la abrió cautelosamente y se asomó para ver si venía alguien. Al parecer la calle estaba desierta, pues de pronto agarró a Harry por la nuca y le hizo bajar la cabeza, de modo que sólo podía ver el suelo y los escalones de entrada de las casas, empujándole con violencia delante suyo por una calle, y luego por otra, durante quizás un minuto y medio. Harry contó tres esquinas antes de que el bribón le soltara y, diciéndole «¡Largo de aquí!», le arrojara al suelo de un puntapié atlético y bien dirigido.

Una vez que Harry se pudo incorporar, todavía medio aturdido y sangrando abundantemente por la nariz, el señor Raeburn había desaparecido. Por primera vez el dolor y la cólera vencieron al desgraciado joven, que se echó a llorar a lágrima viva en medio de la calle.

Cuando pudo calmarse un poco, miró a su alrededor y leyó los nombres de las calles donde le había abandonado el jardinero. Estaba en un barrio poco frecuentado del oeste de Londres, entre villas y grandes jardines, y vio unas cuantas personas en las ventanas, sin duda mudos testigos de su infortunio; poco después, una criada vino corriendo de una casa para ofrecerle un vaso de agua. Al mismo tiempo se le acercó también un vago mal encarado que rondaba por esas calles de Dios.

-¡Pobre señor! -dijo la criada-. ¡Cómo le han dejado! ¡Le sangran las rodillas, tiene las ropas destrozadas! ¿Conoce usted al miserable que le hizo esto?

-Sí que le conozco -respondió Harry, un poco repuesto tras beber el agua-, y le encontraré a pesar de sus precauciones. Lo que ha hecho hoy le costará caro, se lo aseguro.

-Venga usted a la casa para asearse y arreglarse un poco -dijo la muchacha-. No se preocupe, mi señora no lo tomará a mal. Mire usted, cogeré su sombrero. ¡Dios del cielo! -gritó-. ¡Pero si viene perdiendo diamantes por la calle!

Así era, en efecto; la mitad de las piedras que le quedaban después del asalto del señor Raeburn se le habían caído al rodar por tierra y ahora brillaban sobre el suelo. Dio gracias a su buena suerte de que la criada las hubiera visto, pensó que por mal que vayan las cosas siempre pueden ir peor, y recobrar unas cuantas joyas le pareció asunto tan importante como haber perdido las demás. ¡Ay! No bien se inclinó a recoger sus tesoros, el vago que le estaba mirando se abalanzó sobre él y la muchacha, les derribó, recogió algunos diamantes con ambas manos y se perdió calle abajo con sorprendente agilidad.

Tan pronto como Harry se puso en pie, corrió dando gritos tras el ladrón, pero éste era muy rápido y debía conocer bien el barrio, pues cuando el perseguidor llegó a la esquina no se veían rastros del fugitivo.

Harry regresó profundamente abatido a la escena de su desgracia y la joven, que le estaba esperando, le devolvió con cortesía su sombrero y las piedras recogidas del suelo. Harry le agradeció de todo corazón y, como ya no estaba de humor para hacer economías, fue a la estación más cercana y cogió un coche de alquiler para Eaton Place.

Al llegar, la casa parecía en la mayor confusión, como si hubiera ocurrido una catástrofe. Los criados estaban reunidos en el salón y no fueron capaces de contener la risa, aunque quizá tampoco se esforzaron mucho, ante la desastrosa figura del secretario. Harry pasó delante de ellos con el aire más digno que podía y fue derecho al gabinete. Cuando abrió la puerta, puso los ojos en un espectáculo sorprendente y hasta amenazador, pues vio al general, a su mujer, y nada menos que a Charlie Pendragon, en plena conspiración, cuchicheando grave y ansiosamente de algo sin duda importante. Comprendió en el acto que le quedaba muy poco por explicar, era evidente que se había hecho confesión plenaria al general del fraude intentado contra su bolsa, así como del rotundo fracaso de la empresa, y que todos se habían unido contra el peligro común.

-¡Gracias a Dios! -exclamó lady Vandeleur-. ¡Aquí está! ¡La sombrerera, Harry, la sombrerera!

Pero Harry seguía plantado ante ellos, cabizbajo y sin decir palabra.

-¡Hable! -gritó lady Vandeleur-. ¡Hable usted! ¿Dónde está la caja?

Y los hombres repitieron la pregunta con gestos de amenaza.

Harry sacó un puñado de joyas del bolsillo. Se le veía muy pálido.

-Esto es todo lo que queda -dijo-. Juro ante Dios que no fue culpa mía. Si tienen paciencia creo que podrán recobrarse algunas joyas, aunque me temo que otras se han perdido para siempre.

-¡Ay! -se quejó lady Vandeleur-. Nos hemos quedado sin diamantes y yo debo noventa mil libras por mi guardarropa.

-Señora -dijo el general-, podía usted haber empedrado la calle con sus baratijas, haberse endeudado por una suma cincuenta veces mayor, haberme robado la diadema y el anillo de mi madre; tal vez, forzado por la naturaleza, habría acabado por perdonarla. Pero ha cogido usted el Diamante del Rajá -el Ojo de la Luz, como lo llaman de forma poética los orientales-, el orgullo de Kashgar. ¡Me ha robado usted el Diamante del Rajá! -gritó, levantando las manos- ¡y todo ha acabado, señora, todo ha terminado entre nosotros!

-Créame usted, general Vandeleur -respondió la gran dama-, que ésa es una de las cosas más agradables que he oído nunca; puesto que nos hemos arruinado, casi podría felicitarme de un cambio que me libra de su compañía. Me ha repetido infinidad de veces que me casé con usted por su dinero. Permítame decirle ahora que es algo de lo que me arrepiento amargamente. Si aún fuese usted soltero, y dueño de un diamante más grande que su cabeza, no le aconsejaría a la última de mis criadas un matrimonio tan triste y desastroso. En cuanto a usted, señor Hartley -dijo, dirigiéndose al secretario-, ha demostrado de manera suficiente sus nefastas cualidades en esta casa; todos sabemos que le falta valor, sensatez y respeto de sí mismo; lo único que puede hacer es largarse en el acto y, a ser posible, no volver a aparecer por aquí. Si desea cobrar su salario puede anotarse como acreedor en la quiebra de mi marido.

Apenas si había comprendido Harry este discurso tan insultante y ya el general lo atacaba con otro.

-Mientras -dijo sir Thomas-, venga usted conmigo a visitar al inspector de policía más próximo. Puede usted entrar.

Historia del joven eclesiástico

El reverendo señor Simon Rolles se había destacado en ciencias morales y había realizado estudios avanzados de teología. Su ensayo Doctrina de los deberes morales le valió, en el momento de publicarse, cierta celebridad en la universidad de Oxford, y en círculos religiosos y eruditos se decía que preparaba ahora una obra considerable -un infolio, decían algunos- sobre la autoridad de los Padres de la Iglesia. No obstante, los méritos y los proyectos tan codiciosos del joven señor Rolles no habían bastado para conseguirle un puesto, y todavía se hallaba a la espera del primer nombramiento, cuando una tarde, mientras paseaba al azar por ese barrio de Londres, el aspecto tranquilo y bien cuidado del jardín, sus deseos de soledad y estudio, y el bajo precio del alquiler, le decidieron a hospedarse en casa del señor Raeburn, el jardinero de Stockdove Lane.

Una vez que había empleado siete u ocho horas del día a San Ambrosio o San Crisóstomo, el señor Rolles acostumbraba pasear un rato entre los rosales. Esos momentos solían ser los más productivos de la jornada. Sucede, sin embargo, que unas sinceras ganas de reflexión, y

el interés por los más elevados problemas intelectuales, no siempre son suficientes para proteger al filósofo de los pequeños choques y contactos del mundo. De este modo, cuando el señor Rolles se cruzó con el secretario del señor Vandeleur, ensangrentado y con las ropas destrozadas, en compañía del dueño de casa; cuando se dio cuenta de que ambos palidecían y evitaban sus preguntas; y, sobre todo, cuando el primero de ellos negó su identidad con el mayor énfasis, la simple curiosidad acabó por predominar sobre los Santos y los Padres de la Iglesia.

«No, no me equivoco -se decía el señor Rolles-. Ese muchacho es indudablemente el señor Hartley. ¿Cómo es que se encuentra en este apuro? ¿Por qué me niega su nombre? ¿Y qué tiene en común con el granuja siniestro del dueño?»

En ésas estaba cuando otro hecho curioso le llamó la atención. La cara del señor Raeburn apareció en una ventana baja, cerca de la puerta y, por pura casualidad, sus ojos se encontraron con los del señor Rolles. El jardinero pareció alterado, y hasta atemorizado, y rápidamente bajó las persianas.

«Todo eso puede no tener nada de malo -pensó el señor Rolles-, absolutamente nada de malo, pero confieso que no lo creo. Ese aire de sospecha y de alarma; esas mentiras; ese miedo a ser vistos: estoy convencido de que esos dos preparan un agravio.»

El detective que todos tenemos dentro se despertó gritando en el pecho del señor Rolles quien, con paso firme y acelerado, muy distinto a su manera acostumbrada, empezó a dar una vuelta al jardín. Al llegar al lugar de la escalada de Harry, se detuvo ante el rosal destrozado y las huellas en el barro y, alzando la mirada, vio las marcas en la pared de ladrillo y un pedazo del pantalón enganchado a un casco de botella. ¡Por aquí había entrado el buen amigo del señor Raeburn! ¡De este modo era como el secretario del general Vandeleur venía a admirar las flores del jardín! El joven clérigo, silbando suavemente, se inclinó a examinar el suelo. Podía ver el sitio donde Harry había caído al dar su peligroso salto; reconoció el pie del señor Raeburn, que se había hundido profundamente cuando levantó al secretario; y aún más, observando de cerca, logró a distinguir las huellas de dedos que habían escarbado en el barro para recoger algo caído.

«Palabra de honor dijo para sus adentros-. Este asunto se pone muy interesante.»

En ese instante distinguió un objeto casi enteramente hundido en el barro y se inclinó a recoger un precioso estuche de tafilete, con adornos y un broche dorados. El señor Raeburn debía haberle pisado sin darse cuenta y luego había escapado a su búsqueda apresurada. El señor Rolles abrió el estuche y respiró profundamente, con asombro y casi con terror: ante sus ojos, dispuesto sobre el fondo de terciopelo verde, brillaba un diamante de grandes dimensiones y de primerísima agua. La piedra, del tamaño de un huevo de pato, era muy hermosa de forma, sin el menor defecto, y al recibir un rayo de sol brilló con un resplandor eléctrico, como si le ardiese en la mano con mil fuegos interiores.

Casi nada sabía el señor Rolles de piedras preciosas, pero el Diamante del Rajá era una maravilla que se explicaba a sí misma; un niño que lo encontrase en una aldea habría echado a correr dando gritos a la casa más cercana; un salvaje se habría prosternado para adorar un fetiche tan imponente. La hermosura de la gema halagaba la vista del joven religioso; la idea de su valor incalculable abrumaba su inteligencia. Comprendió que tenía en la mano algo de mayor valor que muchos años de rentas arzobispales, que con una piedra como ésta sería posible construir catedrales más majestuosas que las de Ely o Colonia; quien la poseyera se libraría para siempre de la maldición primordial, podría seguir sus inclinaciones sin prisas ni inquietudes. Levantó el diamante, lo giró y otra vez despidió rayos fulgurantes que le atravesaron el corazón. Las decisiones más graves se toman a veces en un instante y sin intervención consciente de las partes racionales del hombre. El señor Rolles miró nerviosamente a su alrededor; como antes el señor Raeburn, no vio sino el jardín de flores lleno de sol, los árboles de altas copas frondosas, la casa con las ventanas cerradas; en un

segundo cerró el estuche, se lo metió en el bolsillo y ya se dirigía hacia su estudio con la rapidez de la culpa.

El reverendo Simon Rolles había robado el Diamante del Rajá.

A primera hora de la tarde la policía llegó a la casa con Harry Hartley.

El jardinero, fuera de sí de terror, no tardó en devolver su botín; se identificaron las joyas y se levantó un inventario en presencia del secretario. El señor Rolles, por su parte, se mostró de lo más servicial, declaró sinceramente lo que sabía y lamentó no poder hacer más para ayudar a los oficiales en el cumplimiento de sus obligaciones.

-Considero que para ustedes el caso está cerrado -les dijo.

-De ningún modo -respondió el inspector de Scotland Yard, y le explicó el segundo robo de que había sido víctima Harry. Luego hizo un breve recuento de las joyas que faltaban y dio al joven eclesiástico algunos detalles sobre el Diamante del Rajá.

-Valdrá una fortuna -dijo el señor Rolles.

-Diez fortunas, veinte fortunas -respondió el oficial.

-Cuanto más alto sea su precio, más difícil será venderlo -observó agudamente Simon-. Una piedra como ésa no puede disimularse, y lo mismo daría vender la Catedral de San Pablo.

-Claro -dijo el oficial-, pero si el hombre es inteligente, la dividirá en tres o cuatro partes y aún tendrá lo bastante para hacerse rico.

-Muchas gracias -dijo el clérigo-. No sabe usted cómo me ha interesado su conversación.

El funcionario admitió que en su profesión se aprendían muchas cosas extrañas y se despidió.

El señor Rolles volvió a sus habitaciones. Le parecieron más pequeñas y frías que de costumbre; los materiales reunidos para su gran obra nunca habían tenido tan poco interés; miró su biblioteca con ojos de menosprecio, sacó uno a uno varios volúmenes de los Padres de la Iglesia y les echó un vistazo, pero en ninguno encontró lo que buscaba.

«Estos caballeros -pensó- son, no tengo duda, escritores magníficos, pero me parece que nada saben de la vida. Aquí estoy, con suficientes conocimientos como para ser obispo, y no tengo la menor idea del modo de deshacerme de un diamante robado. Un simple policía me da una sugerencia y yo, con todos mis infolios, no puedo llevarla a cabo. Esto me inspira una idea muy pobre de la formación universitaria.»

Derribó su estantería de un puntapié, se puso el sombrero y se marchó al club del cual era miembro.

En un lugar tan mundano creía poder hallar alguien de buen criterio y con gran experiencia de la vida. En primer lugar entró a la sala de lectura, donde encontró a varios clérigos de provincias y a un archidiácono; luego pasó junto a tres periodistas y un autor de metafísica superior que jugaban al billar; más tarde, a la hora de la cena, no vio sino las caras vulgares y borrosas de la gente ordinaria que llena los clubes. Ninguno de los presentes, se dijo el señor Rolles, sabe más que yo de asuntos peligrosos; no hay uno solo que sea capaz de ayudarme. Finalmente, cuando subió al salón de fumar, tras agotarse en las muchas escaleras, se encontró con un caballero más bien grueso, vestido con elegante sencillez. Estaba fumando un puro y leyendo la Fortnightly Review; no había en sus facciones el menor rasgo de preocupación o cansancio; algo en su aspecto invitaba a la confianza y exigía la sumisión. Cuanto más le miraba el joven eclesiástico, más se convencía de que había encontrado a alguien que podía darle un buen consejo.

-Señor -le dijo-, perdone usted mi inoportunidad, pero observo por su aspecto que es usted lo que se llama un hombre de mundo.

-Tengo, en efecto, algunos títulos para aspirar a esa distinción -dijo el desconocido, poniendo de lado su revista con una mirada de sorpresa y curiosidad.

-Yo, señor -siguió diciendo el clérigo-, soy un hombre solitario, un estudioso, vivo entre mis tinteros y mis infolios de los Padres de la Iglesia. Algo que sucedió hace poco me ha hecho ver con claridad mi locura y ahora quisiera conocer la vida. Cuando digo la vida, no me refiero a las novelas de Thackeray, sino los actos criminales y las posibilidades secretas de nuestra sociedad, y los principios de una conducta atinada en medio de hechos excepcionales. Soy un lector resignado: ¿esto puede aprenderse en los libros?

-Usted me hace una pregunta complicada -respondió el caballero-. Confieso que no tengo mucho trato con los libros, como no sea para distraerme cuando viajo en tren. Me dicen, sin embargo, que existen tratados muy precisos sobre la astronomía, el uso de los globos, la agricultura y el arte de fabricar flores de papel. Me temo, por el contrario, que sobre las regiones más ocultas de la vida no encontrará nada digno de confianza. Aunque, espere usted -añadió-: ¿ha leído a Gaboriau?[1]

El señor Rolles reconoció que ni siquiera había oído ese nombre.

-En Gaboriau hallará unas cuantas ideas. Por lo demás, es un autor sugestivo, muy leído por el príncipe Bismarck; en el peor de los casos, perderá usted el tiempo en buena compañía.

-Señor, le estoy enormemente agradecido por su gratitud -dijo el joven eclesiástico.

-Ya me ha pagado usted.

-¿Cómo? -quiso saber el señor Rolles.

-Con la novedad de sus preguntas -dijo el caballero y, con un gesto de amabilidad, como si pidiera permiso, prosiguió su análisis de la Fortnightly Review.

De regreso a su casa el señor Rolles compró un libro sobre piedras preciosas y varias novelas de Gaboriau. Leyó con gran interés las novelas hasta una hora avanzada pero, si bien encontró muchas ideas nuevas, no descubrió lo que debe hacerse con un diamante robado. Le molestaba, además, encontrar la información esparcida entre muchas historias románticas, y no expuesta con toda sobriedad, como en un manual; concluyó que, si bien el autor había pensado mucho en sus temas, carecía por completo de método didáctico. En cambio no pudo contener su admiración ante el temperamento y los muchos méritos de Lecoq.

-Ese sí que era un hombre -se dijo-. Conocía el mundo como yo las Evidencias de Paley. No había nada que no llevase a cabo con sus propias manos, a pesar de mil dificultades. ¡Cielos! -exclamó-. ¿No es ésa la lección? ¿Acaso debo aprender yo mismo a cortar diamantes?

Tuvo la impresión de que había dejado atrás, de repente, toda su vacilación. Se acordó de que conocía en Edimburgo a un joyero, un tal B. Macculloch, que le daría gustosamente la formación necesaria; unos cuantos meses, o tal vez años, de duro trabajo y tendría la habilidad para dividir el Diamante del Rajá y la astucia para venderlo con provecho. Luego podría volver tranquilamente a sus investigaciones, ser un erudito rico y elegante, admirado y respetado por todos. Acabó por dormirse y sus sueños estuvieron llenos de visiones doradas; despertó con el sol de la mañana, descansado y de buen humor.

Ese día la policía cerró la casa del señor Raeburn, lo cual dio al señor Rolles un buena excusa para trasladarse. Preparó jovialmente su equipaje, lo llevó a la estación de King's Cross, donde lo dejó en la consigna, y volvió a su club para pasar la tarde y cenar.

-Si come usted aquí, Rolles -le dijo un amigo-, tendrá usted la oportunidad de ver a dos de los hombres más destacables de Inglaterra: el príncipe Florizel de Bohemia y el viejo Jack Vandeleur.

-He oído hablar del príncipe -dijo el señor Rolles-, y hasta he sido presentado al general Vandeleur.

[1] Emile Gaboriau (1833-1873), escritor francés, considerado-junto con Edgar Allan Poe- como uno de los creadores de la novela de misterio, aunque todavía muy próximo al folletín. Su héroe Lecoq, es uno de los primeros detectives de la literatura.

-El general Vandeleur es un asno -replicó el otro-. Este es su hermano John, el más grande aventurero, la mayor autoridad en piedras preciosas y uno de los diplomáticos más ingeniosos de Europa. ¿Nunca ha oído hablar de su duelo con el duque de Val d'Orge? ¿De sus heroicidades y atrocidades cuando fue dictador del Paraguay? ¿De la habilidad con que recuperó las joyas de sir Samuel Levi? ¿O de sus servicios durante la rebelión, en la India, servicios que el Gobierno aprovechó pero que no se atreve a reconocer? Me hace usted preguntarme qué es la fama, o la infamia, pues Jack Vandeleur tiene títulos prodigiosos para ambas cosas. Vaya al comedor -siguió diciendo-, solicite una mesa cerca de ellos y escuche atentamente. O mucho me equivoco o podrá oír una conversación interesante.

-Pero ¿cómo reconocerles?

-¡Reconocerles! El príncipe es el más cumplido caballero de Europa, la única persona del mundo que tiene aspecto de rey. En cuanto a Jack Vandeleur, imagínese a Ulises de setenta años, con la cara cruzada por un sablazo, y lo tendrá delante. ¡Reconocerlos, dice usted! ¡Les encontraría en medio de la multitud del Derby!

Rolles dirigió apresuradamente al comedor. Su amigo estaba en lo cierto: imposible no reconocer a los dos personajes. El viejo John Vandeleur era de una gran fortaleza y se le veía habituado a los más arduos ejercicios. No tenía el aspecto de un espadachín, ni de un marino, ni de un hombre que se pasa la vida a caballo, pero algo había de todo eso en su persona, algo que era resultado y expresión de muchos hábitos y habilidades. Sus rasgos eran firmes y aquilinas; su expresión arrogante, como de un ave de presa, todo su aspecto revelaba al hombre de acción decidido, violento, sin escrúpulos; y su abundante cabellera blanca, y el profundo sablazo que le marcaba la nariz y la sien, añadían un toque de ferocidad a una cabeza ya de por sí notable y amenazadora.

En su acompañante, el príncipe de Bohemia, el señor Rolles tuvo la sorpresa de reconocer al caballero que le había aconsejado la lectura de Gaboriau. Sin duda el príncipe Florizel, quien venía muy poco al club -del cual, como de casi todos los demás, era miembro honorario- había estado esperando a John Vandeleur cuando Simon se dirigió a él la noche anterior.

Los demás comensales se habían retirado humildemente a las esquinas del salón, dejando a la distinguida pareja en cierto aislamiento. El joven eclesiástico, a quien no detenía ningún temor, entró decididamente y fue a sentarse en la mesa de al lado.

Efectivamente, la conversación resultó nueva para sus oídos de estudioso. El ex dictador del Paraguay contaba con experiencias en muchos lugares del mundo, y el príncipe hacía comentarios que, para un hombre de pensamiento, eran aún más interesantes que los propios hechos. Dos formas de experiencia se ofrecían juntas al señor Rolles, que no sabía a quién admirar más, si al actor temerario o al profundo conocedor de la vida; al hombre que hablaba con tanto atrevimiento de sus propias aventuras y peligros, o al hombre que, como un dios, parecía conocerlo todo y no haber sufrido nada, las formas de cada uno correspondían a sus papeles en la conversación. El dictador se permitía brutalidades en sus palabras y sus gestos; la mano abierta se cerraba en un puño para golpear la mesa, la voz sonaba fuerte y escandalosa. El príncipe, por el contrario, parecía un modelo de suave y dócil educación; el menor de sus movimientos, la más leve inflexión de su voz pesaban más que todos los gestos y pantomimas de su compañero, si relataba una de sus experiencias personales, era con tal prudencia que pasaba inadvertida entre las demás cosas que decía.

Acabaron por hablar de los recientes robos y del Diamante del Rajá.

-Ese diamante estaría mejor en el fondo del mar -observó el príncipe Florizel.

-Siendo yo un Vandeleur -respondió el dictador-, Su Alteza podrá imaginar mi discrepancia.

-Hablo por motivos de interés público -siguió diciendo Florizel-. Las joyas tan valiosas debían estar reservadas a la colección de un príncipe o al tesoro de una gran nación. Dejarlas

en manos de hombres vulgares es poner precio a la cabeza de la virtud. Si el rajá de Kashgar -entiendo que es un príncipe muy culto- quería vengarse de los europeos, le hubiera sido complicado encontrar un modo más eficaz que enviarnos esa manzana de la discordia. No hay honradez lo bastante fuerte para esa prueba. Yo mismo, que tengo muchos deberes y privilegios propios, yo mismo, señor Vandeleur, apenas si podría tocar ese cristal aturdidor y sentirme seguro. Respecto a usted, cazador de diamantes por gusto y por profesión, no creo que exista en el mundo un crimen que no estaría dispuesto a cometer, ni un amigo al que no traicionaría de buena gana; no sé si tiene familia, y si la tiene, digo que sacrificaría a sus hijos, ¿para qué? No para ser más rico, ni para disfrutar más o ser más respetado, sino tan sólo para decir que el diamante es suyo durante uno o dos años, hasta su muerte, y abrir de cuando en cuando la caja fuerte y mirarlo como se mira un cuadro.

-Es verdad -dijo Vandeleur-. He cazado muchas cosas, desde hombres y mujeres hasta mosquitos; he buceado en busca de coral; he perseguido ballenas y tigres: el diamante es la primera de las presas. Tiene hermosura y valor, es la única recompensa suficiente para el ardor de la caza. Ahora, ya lo supone Su Alteza, estoy sobre una pista; tengo gran instinto y mucha experiencia; conozco cada una de las mejores gemas de la colección de mi hermano como un pastor conoce sus ovejas; ¡que me caiga muerto si no recobro hasta la última piedra!

-Sir Thomas Vandeleur tendrá muchas razones para agradecérselo -observó el príncipe.

-No lo creo así -respondió el dictador, echándose a reír-. Uno de los Vandeleur, en todo caso. Thomas o John, Pedro o Pablo, todos somos apóstoles.

-No entiendo lo que quiere usted decir -dijo el príncipe con cierto tono de desprecio.

En ese instante el camarero vino a avisarle al señor Vandeleur que el coche de alquiler que había solicitado esperaba en la puerta.

El señor Rolles miró el reloj y se dio cuenta de que también él debía irse; la coincidencia le produjo una impresión viva y molesta, pues hubiera deseado no ver más al cazador de diamantes.

Tanto estudiar había alterado un poco los nervios del joven, que acostumbraba a viajar de la manera más lujosa; en esta ocasión había hecho una reserva en el coche-cama.

-Estará usted muy cómodo -le dijo el encargado al subir al tren-. No hay nadie más en el compartimiento y sólo un caballero de edad al otro extremo.

Casi era la hora de partir, y el señor Rolles estaba enseñando su billete, cuando vio al otro pasajero que subía al coche, seguido por varios mozos de estación; hubiese deseado ver a cualquier otra persona: era el viejo John Vandeleur, el ex dictador.

Los coches-cama de la línea del Norte están divididos en tres compartimientos, dos a los extremos, para los pasajeros, y uno al centro, con lavabos y otros servicios. Una puerta corrediza separa el lavabo del resto de los compartimientos, pero como no está provista de llaves ni cerrojos, todo el coche es, en la práctica, un terreno común.

El señor Rolles estudió la situación y se dio cuenta de que se hallaba desvalido. Si el dictador decidía hacerle una visita durante la noche, no le quedaba otra salida que aceptarla; no tenía ningún modo de hacerse fuerte, era tan vulnerable a un ataque como si estuviese en medio del campo. Se sintió un poco alarmado pensando en las palabras presuntuosas que oyera a su compañero de viaje en el comedor y en los actos de inmoralidad que el príncipe había aguantado con repugnancia. Recordaba haber leído en alguna parte que existen personas peculiarmente dotadas para detectar la presencia de metales preciosos. Se dice que son capaces de sentir el oro a través de las paredes, y aun a grandes distancias. Se preguntó si no podía suceder lo mismo con las piedras preciosas, y en ese caso, ¿quién podía poseer esa sensibilidad trascendental sino el hombre que se ufanaba con el título de Cazador de Diamantes? El señor Rolles sabía que de ese hombre podía temerlo todo y deseó ardientemente que llegara cuanto antes el día siguiente.

Mientras tomó todas las precauciones posibles, escondió el diamante en el bolsillo más secreto de sus ropas y se encomendó con devoción al cuidado de la Providencia.

El tren seguía su curso tan rápidamente como siempre y casi había alcanzado la mitad del camino cuando el sueño empezó a triunfar sobre la intranquilidad en el pecho del señor Rolles. Durante un rato intentó vencer su influencia, pero sentía cada vez más sueño y, antes de que el tren pasara por York, decidió acostarse un poco y cerrar los ojos. Se durmió inmediatamente. Su último pensamiento fue para su aterrador vecino.

Despertó en la penumbra que atenuaba apenas la lamparilla de noche; por el ruido y el movimiento se dio cuenta de que el tren mantenía su velocidad. Se incorporó invadido por un gran pánico, pues le habían atormentado sueños intranquilos, tardó unos segundos en recuperar el dominio de sí mismo y, cuando volvió a acostarse, ya le fue imposible volver a dormir; se quedó despierto, con los ojos clavados en la puerta del lavabo y el cerebro poseído por una violenta agitación. Se puso el sombrero sobre la frente para escudarse de la luz y recurrió a los métodos habituales, como contar hasta mil o tratar de no pensar en nada, con que los enfermos experimentados atraen el sueño. Todo fue inútil: le acosaban media docena de ansiedades distintas; el viejo al otro lado del coche asumía las formas más alarmantes y, cualquiera fuese la postura que adoptara, el diamante que guardaba en el bolsillo se volvió una verdadera incomodidad física, le quemaba, era demasiado grande, le lastimaba las costillas; durante fracciones infinitesimales de segundo estuvo varias veces a punto de lanzarlo por la ventana.

En ésas estaba cuando sucedió un curioso incidente.

La puerta corrediza que daba al lavabo se movió ligeramente, luego un poco más, y por fin se abrió unas veinte pulgadas. La lámpara del lavabo había quedado encendida, y el señor Rolles pudo ver asomarse la cabeza del señor Vandeleur y distinguir en ella un gesto de profunda atención. Se dio cuenta de la mirada fija del dictador en la propia cara y el instinto de conservación le hizo contener la respiración, evitar el menor movimiento y entrecerrar los ojos, aunque seguía viendo a su visitante. Pasado un momento, la cabeza se retiró y la puerta del lavabo volvió a cerrarse.

El dictador no había venido a atacarle, sino a observar; su actitud no era la de un hombre que amenaza a otro, sino la de alguien que se siente amenazado; si el señor Rolles le tenía miedo, parecía que él, a su vez, no las tenía todas consigo. Debía haber venido para comprobar que su compañero de viaje dormía y, una vez que se hubo asegurado, se volvió en el acto a su compartimiento.

El clérigo se levantó de un salto. Había pasado del extremo de pánico a una audacia temeraria. Pensó que el bullicio del tren sería suficiente para ahogar todos los ruidos y decidió, sucediera lo que sucediera, devolver la visita que había recibido. Apartó a un lado la manta, que impedía sus movimientos, entró al lavabo y se detuvo a escuchar. Como había pensado, nada podía oír por encima del ruido del tren; puso la mano en la puerta y la hizo correr con cuidado unas seis pulgadas. Lo que vio hizo que no pudiera contener una exclamación de sorpresa.

John Vandeleur tenía puesta una gorra de viaje con las orejeras bajas; posiblemente, el tener los oídos tapados y el ruido del tren habían hecho que no le sintiera acercarse. Lo cierto es que no levantó la cabeza sino que, sin detenerse un instante, siguió absorto en su peculiar tarea. A sus pies había una caja de cartón; en una mano tenía la manga de su abrigo de piel de foca y en la otra un cuchillo extraordinario, con el que acababa de cortar el forro de la manga. El señor Rolles había leído de gentes que llevan dinero en el cinturón, pero no se imaginaba cómo podían ser estos artefactos. Ahora había puesto los ojos en algo todavía más extraño, pues John Vandeleur llevaba piedras preciosas en la manga del abrigo y, desde la puerta, el joven eclesiástico vio caer uno tras otro varios diamantes relucientes en la caja.

Se quedó clavado en el sitio, sin apartar la vista de la insólita escena. La mayor parte de los diamantes eran pequeños y no se distinguían entre sí por la forma ni por el brillo. De repente pareció que el dictador se encontró con una dificultad: empezó a utilizar ambas manos y pareció aumentar su concentración, pero sólo tras numerosas maniobras logró extraer de la manga una gran tiara de diamantes, que depositó en la caja con las demás joyas. La tiara fue para el señor Rolles un rayo de luz, pues la reconoció como parte del tesoro que un vago había robado a Harry Hartley en medio de la calle. No podía equivocarse; era igual que la descrita por el detective: había visto las estrellas de rubíes y la gran esmeralda al centro; los crecientes entrelazados, las dos piedras en forma de pera que colgaban a los lados y que daban un peculiar valor a la tiara de lady Vandeleur.

El señor Rolles sintió un gran alivio. El dictador estaba tan involucrado en el asunto como él; ninguno de los dos podía denunciar al otro. La alegría hizo que se le escapara un suspiro, y como por la angustia anterior se le había cerrado el pecho y secado la garganta, después del suspiro se puso a toser.

El señor Vandeleur levantó la vista; su rostro se contrajo en un gesto de pasión siniestro y mortal; abrió los ojos enormemente y dejó caer la mandíbula inferior con un pasmo que estaba al borde de la ira. Cubrió instintivamente la caja con el abrigo. Durante medio minuto los dos hombres se miraron sin decir nada. No fue mucho tiempo, pero el suficiente para el señor Rolles; era de esos hombres capaces de pensar rápido en las situaciones peligrosas, y tomó al momento una decisión de lo más atrevida; comprendió que ponía su vida en el tablero, pero fue el primero en romper el silencio.

-Usted perdone -dijo.

El dictador se estremeció ligeramente y cuando pudo contestar la voz era ronca.

-¿Qué quiere usted aquí?

-Me intereso por los diamantes -respondió el señor Rolles con perfecta compostura-. Los aficionados deben conocerse. Tengo aquí una pequeñez que tal vez sirva de presentación.

Y diciendo esto sacó tranquilamente el estuche del bolsillo, mostró el Diamante del Rajá al dictador durante un instante y volvió a guardarlo.

-Fue una vez de su hermano -añadió.

John Vandeleur seguía mirándole con aire casi doloroso de estupefacción. Durante unos momentos permanecieron en silencio y sin moverse.

-He tenido el placer de observar -prosiguió el joven- que los dos tenemos piedras de la misma colección.

El dictador estaba abrumado de sorpresa.

-Mil perdones -dijo-. Empiezo a darme cuenta de que me hago viejo. No estoy de ninguna manera preparado para pequeños contratiempos como éste. Pero acláreme algo: ¿estoy equivocado, o es usted un clérigo?

-Soy, efectivamente, un eclesiástico -contestó el señor Rolles.

-¡Bueno! -exclamó el otro-. No volveré a decir mientras viva una sola palabra contra el clero.

-Me halaga usted -dijo el señor Rolles.

-Lo siento -dijo Vandeleur-. Lo siento, joven. No es usted un cobarde, pero que sea o no el último de los idiotas es algo que aún está por verse. Para comenzar, le pediré que tenga la bondad de aclararme un detalle. Debo suponer que hay alguna razón para la extraordinaria imprudencia de lo que está haciendo, y confieso mi curiosidad por conocerla.

-Muy sencillo -respondió el eclesiástico-. Todo se explica por mi poca experiencia de la vida.

-Me gustaría creerle -dijo Vandeleur.

Y el señor Rolles le relató entonces toda la historia de su relación con el Diamante del Rajá, desde el momento en que lo encontró en el jardín de Raeburn hasta que subió en

Londres al expreso de Escocia. Agregó un breve esbozo de sus ideas y sentimientos durante el viaje y terminó con estas palabras:

-Al reconocer la tiara comprendí que nuestra actitud ante la sociedad era la misma, y esto me dio la esperanza, confío en que no la juzgará infundada, de que podría usted ser, en cierto sentido, mi asociado en las dificultades, y por cierto que en los beneficios, de la situación. Para alguien con sus conocimientos tan particulares, y con su gran experiencia, la negociación del diamante no será nada difícil, mientras que para mí resulta imposible. Por otro lado, pienso que si corto el diamante, probablemente sin mayor habilidad, perderé una cantidad que podría pagarle a usted por su generosa ayuda. El asunto es delicado de abordar y quizá me ha faltado tacto. Me permito recordarle, sin embargo, que estoy en una situación nueva, en la cual no sé de qué forma comportarme. Creo, sin vanidad de mi parte, que podría haberle casado o bautizado a usted de manera muy aceptable, pero cada uno tiene sus propias aptitudes y esta clase de negociación no es de las cosas que sé hacer bien.

-No quiero halagarle -respondió Vandeleur-, pero creo que se halla usted muy bien dotado para la vida criminal. Tiene usted más aptitudes de lo que cree, y aunque yo me he encontrado con toda clase de pícaros en las distintas partes del mundo, nunca he conocido a nadie con tan poca vergüenza. ¡Alégrese usted, señor Rolles, que por fin ha dado con la profesión que le conviene! Respecto a ayudarle, me pongo por completo a su disposición. Debo ocuparme en Edimburgo de un pequeño asunto en relación con mi hermano; al día siguiente vuelvo a París, donde vivo. Si usted quiere, puede venir conmigo. Creo que antes de terminar el mes podré dar a su pequeño asunto un final satisfactorio.

En este punto, en contra de todos los cánones del corazón, nuestro autor árabe detiene la «Historia del joven eclesiástico». Lamento y condeno tales prácticas, pero debo seguir a mi original y remito al lector a la siguiente parte del relato, la «Historia de la casa de las persianas verdes», donde encontrará el desenlace de las aventuras del señor Rolles.

Historia de la casa de las persianas verdes

Un empleado del Banco de Escocia, en Edimburgo, llamado Francis Scrymgeour, había llegado a los veinticinco años de una vida provechosa, apacible y valiosa. Su madre falleció siendo él muy pequeño, pero su padre, hombre honrado y sensato, le hizo estudiar en una escuela excelente y le inculcó en casa costumbres ordenadas y sobrias. Francis, que era de temperamento dócil y cariñoso, supo aprovechar esas oportunidades y luego se entregó por entero a su trabajo. Sus principales entretenimientos consistían en un paseo los sábados por la tarde, alguna cena familiar y, todos los años, un viaje de quince días por las montañas de Escocia o por el continente. No tardó en lograr el favor de sus superiores y ganaba unas doscientas libras al año, con probabilidades de llegar, al final de su carrera, al doble de esa suma. Pocos jóvenes más satisfechos, pocos más serviciales y trabajadores que Francis Scrymgeour. En ocasiones, por las noches, acabado de leer el periódico, tocaba la flauta para distraer a su padre, cuyas cualidades le inspiraban gran respeto.

Un día recibió una carta de una prestigiosa firma de abogados, pidiéndole que les hiciera una visita lo antes posible. La carta llevaba la inscripción «privada y confidencial» y le había sido enviada al banco y no a su propia casa, dos circunstancias poco habituales que le hicieron acceder a la petición con tanta mayor rapidez. El miembro más antiguo del bufete, hombre de costumbres muy severas, le recibió gravemente y, tras invitarle a tomar asiento, pasó a explicarle el asunto en cuestión con las expresiones escogidas de un viejo profesional. Una persona, cuyo nombre no podía desvelar, pero de quien tenía todas las razones para pensar bien -una persona, en suma, de cierta posición-, deseaba pagarle a Francis una pensión anual de quinientas libras. El dinero se hallaría bajo el control del estudio del abogado y de otros dos administradores, que también debían permanecer anónimos. La donación se hallaba sujeta a dos condiciones pero, se atrevía a pensar, su nuevo cliente no encontraría en ellas nada de excesivo o deshonroso. Repitió estas últimas palabras con fuerza, como si no quisiera comprometerse a nada más.

Francis quiso saber cuáles eran esas condiciones.

-Como ya he aclarado en dos ocasiones, las condiciones no son deshonrosas ni excesivas -dijo el abogado-. Al mismo tiempo, me es imposible ocultarle que resultan de lo más insólitas. Más aún, el caso es por completo ajeno a nuestra práctica usual y sin duda le hubiera rechazado, a no ser por el buen nombre del caballero que nos lo encarga y, permítame usted añadir, señor Scrymgeour, por el interés que siento por usted en vista de los muchos informes favorables, y no dudo que merecidos, que hemos recibido sobre su persona.

Francis le rogó que fuese más claro.

-No se imagina usted mi inquietud ante esas condiciones -dijo.

-Son dos -respondió el abogado-, sólo dos; y la suma, lo recordará usted, es de quinientas libras al año; libre de impuestos, me olvidaba de decir, libre de impuestos.

Y el abogado levantó las cejas con solemne satisfacción.

-La primera condición -siguió diciendo- es muy sencilla. Debe usted estar en París la tarde del domingo quince. En la taquilla de la Comedie Française le estará esperando una entrada comprada a su nombre. Se le pide que asista a la representación en el asiento que se le ha obsequiado, eso es todo.

-Hubiera preferido un día de semana -dijo Francis-, pero, en fin, por una vez...

-En París, mi estimado señor -añadió el abogado en tono tranquilizador-. Creo que soy una persona exigente, pero en un caso como éste, tratándose de ir a París, no me lo pensaría un momento.

Los dos rieron amablemente.

-La otra condición es más importante -continuó el hombre de leyes-. Se trata de su boda. Mi cliente, que se interesa mucho por su bienestar, piensa aconsejarle cuando llegue la hora de casarse y quiere que siga usted su consejo de una manera absoluta. Absoluta, entiende usted -repitió.

-Sea más concreto, por favor -contestó Francis-. ¿Debo casarme con cualquier mujer, soltera o viuda, negra o blanca, que me proponga esta persona invisible?

-Tengo encargo de garantizarle que su benefactor velará por que la joven elegida sea de edad y posición social adecuadas -dijo el abogado-. En cuanto a la raza, la verdad es que no se me había ocurrido y no lo pregunté; si usted quiere, tomaré nota ahora mismo y le contestaré en la primera oportunidad.

-Señor -dijo Francis-, aún está por comprobarse si todo este asunto no es el engaño más escandaloso. Los detalles son inexplicables; estoy a punto de decir: increíbles. Mientras no vea más claro, mientras no sepa de un motivo concreto, se me hará muy duro aceptar el trato. Ante esta duda me dirijo a usted para pedirle información. Tengo que conocer el fondo del asunto. Si usted no lo sabe, no puede adivinarlo, o no tiene autoridad para decírmelo, cojo ahora mismo mi sombrero y me vuelvo al banco por donde he venido.

-No sé nada -dijo el abogado-, pero puedo hacer una suposición que creo excelente. El origen de este asunto, que parece tan disparatado, es su padre y nadie más.

-¡Mi padre! -exclamó Francis con tono del mayor desprecio-. Mi padre es una persona responsable; conozco hasta la última idea que le cruza por la cabeza y el último penique de su fortuna.

-No entiende usted bien mis palabras. No me refiero al señor Scrymgeour, que en realidad no es su padre. Cuando él y su esposa llegaron a Edimburgo, usted casi había cumplido un año y no hacía tres meses que se hallaba a su cuidado. El secreto estuvo bien oculto, pero esa es la verdad. Su padre es una persona desconocida y le repito que, personalmente creo que es quien hace los ofrecimientos que tengo encargo de transmitirle.

Sería imposible exagerar el asombro de Francis Scrymgeour ante una revelación tan inesperada. No pudo sino confesarle al abogado su total confusión.

-Señor -le dijo-, después de una noticia tan desconcertante, tiene usted que darme unas horas para pensarlo. Esta noche sabrá qué decisión he tomado.

El abogado elogió su sensatez y Francis, excusándose en el banco con cualquier pretexto, fue a dar un largo paseo por el campo a fin de estudiar a fondo los diversos aspectos y posibilidades del caso. Una sensación agradable de su propia importancia le hizo ser muy prudente pero, desde un comienzo, el resultado no estuvo en duda. Todo su lado material tendía de manera irresistible a aceptar las quinientas libras y cumplir las extrañas peticiones exigidas; se descubrió en el corazón una repugnancia invencible por el nombre Scrymgeour, que hasta entonces nunca le había molestado; empezó a despreciar los intereses estrechos y poco románticos de su vida anterior y, una vez que tomó su decisión, siguió caminando animado por una nueva sensación de fuerza y libertad, mientras le nacían en el pecho alegres esperanzas.

Fue suficiente que dijera una palabra al abogado y recibió al momento un cheque por los dos últimos trimestres, pues la pensión corría a partir de principios de enero. Regresó a pie a su casa, con el cheque en el bolsillo. El departamento de Scotland Street le pareció mediocre; por primera vez sus narices se rebelaron contra el olor de la cocina; observó pequeñas imperfecciones en los modales de su padre adoptivo que le llenaron de sorpresa y casi de repugnancia. Al día siguiente, se dirigió hacia París.

En esa ciudad, donde llegó antes de la fecha señalada, se hospedó en un hotel modesto frecuentado por ingleses e italianos y se dedicó a perfeccionar sus conocimientos de la lengua francesa; para ello contrató a un maestro que le daría dos clases por semana, trabó conversación con gentes que se paseaban por los Champs Elysées y fue todas las noches al teatro. Renovó su vestuario según la última moda y se acostumbró a hacerse peinar y afeitar cada mañana por el barbero de una calle vecina. Esto le dio cierto aire extranjero, y tuvo la impresión de que borraba así el reproche de los años pasados.

Por fin, la tarde del sábado, se dirigió a la taquilla del teatro en la rue de Riehelieu. Con sólo decir su nombre, el empleado sacó un sobre en el que aún estaba fresca la tinta de las señas.

-La entrada la compraron hace un instante -dijo el empleado.

-¡Hombre! ¿Y se puede saber quién la compró?

-Claro que sí. Es fácil describir a su amigo: un hombre mayor, fuerte y bien plantado, de pelo canoso, con la cicatriz de un sablazo que le cruza la cara. Imposible no reconocer a una persona así.

-Por supuesto -dijo Francis-. Es usted muy amable. -No puede haber ido muy lejos. Si se da usted prisa podrá alcanzarle.

Francis no se lo hizo repetir: salió corriendo del teatro y se paró en medio de la calle a mirar en todas direcciones. Había a la vista más de un caballero de pelo blanco pero, cuando se les acercó, a todos les faltaba el sablazo en la cara. Durante casi media hora recorrió las

calles vecinas hasta que, dándose cuenta de que era un disparate seguir buscando, decidió dar un paseo para calmar su nerviosismo, pues el hecho de haber estado a un paso de encontrarse con el hombre que, no lo dudaba, era el autor de sus días, le había alterado mucho.

Por casualidad llegó a la rue Drouot y luego a la rue des Martyrs, y el azar le valió más que toda la sensatez del mundo. En el bulevar exterior dos hombres discutían acaloradamente, sentados en un banco. Uno de ellos era un joven moreno y bien parecido, vestido de paisano pero con un aire clerical imposible de ocultar; el otro correspondía hasta el último detalle a la descripción hecha por el empleado del teatro. Francis sintió que el corazón le golpeaba en el pecho, pues sin duda estaba a punto de escuchar la voz de su padre; dando un gran rodeo, fue a sentarse detrás de los dos caballeros, demasiado distraídos en su conversación para reparar en lo que ocurría a su alrededor. Como lo había previsto, conversaban en inglés.

-Sus sospechas comienzan a incomodarme, Rolles -decía el de más edad-. Le aseguro que estoy haciendo todo lo que puedo; nadie dispone de millones en un abrir y cerrar de ojos. ¿Acaso no le ayudado, por pura buena voluntad, aunque no es usted nada para mí? ¿No vive usted a mi costa?

-Con lo que usted me adelanta, señor Vandeleur -rectificó el otro.

-Con lo que le adelanto, si prefiere; y por interés, no por buena voluntad, si usted lo dice -respondió Vandeleur en tono irritado-. No estamos aquí para discutir cuál es la palabra exacta. Los negocios son los negocios y los suyos, permítame que se lo recuerde, son demasiado turbios para darse esos aires. Confíe en mí o déjeme en paz y busque a otra persona, pero acabemos de una vez, por Dios, con tantas jeremiadas.

-Empiezo a conocer el mundo -respondió Rolles- y me doy cuenta que tiene usted todas las razones para engañarme y ni una sola para portarse con honradez. Yo tampoco he venido a discutir la palabra exacta; usted quiere el diamante para sí: lo sabe muy bien y no se atreve a negarlo. ¿No es verdad, acaso, que ha utilizado mi nombre, que ha entrado a registrar mi habitación mientras yo me hallaba ausente? Comprendo perfectamente la razón de sus demoras: se mantiene usted alerta, a la caza del diamante, y antes o después se apoderará de él. Se lo digo seriamente: esto se tiene que acabar. No me ponga nervioso o le prometo una sorpresa.

-No le van bien las amenazas -dijo Vandeleur-. No es usted el único que puede hacerlas. Mi hermano está aquí, en París, y la policía está al corriente. Si continua molestándome, soy yo quien le organizará una pequeña sorpresa, señor Rolles. Pero la mía será definitiva. ¿Me entiende o quiere que se lo repita en hebreo? Todo tiene su límite y ha agotado usted mi paciencia. El martes a las siete; ni un día ni una hora antes, ni siquiera medio segundo, aunque le cueste la vida. Y si no quiere usted esperar, puede irse al mismísimo infierno, y buen viaje. Diciendo estas palabras el dictador se levantó del banco y se marchó en dirección de Montmartre, moviendo la cabeza y agitando el bastón con gesto furioso, mientras su compañero se quedaba en el sitio, en actitud de profundo decaimiento.

La escena había sido para Francis el colmo de la sorpresa y el horror. Sus sentimientos habían sido heridos; la delicadeza esperanzada con que se sentara en el banco no había tardado en volverse desprecio y desánimo; el viejo señor Scrymgeour, se decía, era un padre mucho más digno y cordial que este intrigante peligroso y agresivo. Sin embargo, mientras pensaba estas cosas, mantuvo su presencia de ánimo y no perdió ni un minuto en seguir al dictador.

El caballero se marchaba lleno de ira, con paso tan rápido y arrebatado que no se le ocurrió mirar atrás ni una sola vez hasta que llegó a la puerta de su casa.

Vivía en lo alto de la rue Lepic, en el aire puro de las alturas, con vista sobre París, en una casa de dos plantas con persianas y postigos verdes. Todas las ventanas que daban a la calle estaban cerradas. Sobre los muros, protegidos por hierros puntiagudos, asomaban sus copas

los árboles del jardín. El dictador se detuvo un instante mientras buscaba la llave en sus bolsillos y, tras abrir la puerta, desapareció dentro de la casa.

Francis miró a su alrededor: el barrio era solitario, la casa estaba aislada en medio del jardín. Le pareció, a primera vista, que su observación finalizaba aquí sin más remedio; volvió a mirar, sin embargo, y vio que la casa de al lado tenía un tejado de dos aguas que daba sobre el jardín, y en el tejado una ventana. Al pasar frente a la entrada principal observó un letrero anunciando que se alquilaban habitaciones sin amueblar por meses. Entró a preguntar y sucedió que, justamente, se alquilaba el cuarto cuya ventana se abría encima del jardín del dictador. No vaciló un momento: alquiló el cuarto, pagó por adelantado y volvió al hotel para traer su equipaje.

El viejo de la cicatriz podía ser o no ser su padre; la pista que seguía podía o no ser el buena, pero estaba seguro de haberse tropezado con un misterio fantástico y se prometió que no se detendría hasta resolverlo.

Desde la ventana de su nuevo apartamento se veía todo el jardín de la casa de las persianas verdes. Debajo de la ventana había un castaño muy hermoso, cuyas frondosas ramas daban sombra a dos mesas rústicas en las que se podía comer en pleno verano. Una espesa vegetación tapaba casi completamente el suelo, aunque Francis lograba ver, entre las mesas y la casa, un camino de grava que iba de la puerta del jardín a una galería. Oculto detrás de sus persianas, que no se atrevía a levantar para no llamar la atención, descubrió muy poco que le permitiera adivinar el modo de ser de sus vecinos, y ese poco sólo le hizo pensar en la reserva y el gusto por la soledad. El jardín era conventual, la casa tenía un aspecto de prisión. Todas las persianas, así como la puerta de la galería, estaban cerradas; por lo que podía ver, en el jardín, iluminado por el sol de la tarde, no había nadie. Sólo una modesta bocanada de humo de una única chimenea revelaba que había alguien en casa.

Para no estar sin hacer nada y dar un poco de color a los días que debía pasar en la ciudad, Francis se había comprado una versión francesa de la Geometría de Euclides, que se dedicó a copiar y traducir; ahora, tras poner el libro sobre la maleta, se sentó a trabajar en el suelo, con la espalda apoyada en la pared, pues no tenía silla ni mesa en la habitación. De vez en cuando se ponía de pie y echaba un vistazo a la casa de las persianas verdes, pero las ventanas seguían completamente cerradas y el jardín solitario.

Sólo mucho más tarde sucedió algo que vino a recompensar su constante vigilancia. Entre las nueve y las diez estaba medio dormido, cuando le despertó el tintineo agudo de una campanilla. Fue a su observatorio a tiempo para oír el ruido de cerrojos que se descorrían y trancas que se retiraban, y vio al señor Vandeleur, linterna en mano, vestido de una amplia bata de terciopelo negro y un gorro de lo mismo que salía de la galería y avanzaba lentamente hasta la puerta del jardín. Luego se repitió el ruido de cerrojos y trancas, y Francis vio al dictador, a la luz indecisa de la linterna, acompañando a la casa a un individuo del más indigno y despreciable aspecto.

Media hora más tarde el visitante volvió a ser conducido a la calle y el señor Vandeleur, dejando la luz en una de las mesas rústicas, terminó de fumar tranquilamente su cigarro bajo el castaño. Francis, que le divisaba entre las hojas, le veía aspirar a fondo el humo o arrojar la ceniza al suelo; por su expresión de preocupación, y por su forma de fruncir los labios, le parecía entregado a una meditación profunda y quizá difícil. Casi había terminado el cigarro cuando se oyó la voz de una muchacha que le comunicaba la hora desde el interior de la casa

-Ahora mismo -respondió John Vandeleur.

Y tirando el cigarro, recogió la linterna, se dirigió a la galería y se perdió de vista. En cuanto cerró la puerta, la casa quedó en una completa oscuridad. Francis no distinguía el más mínimo destello de luz detrás de las persianas y concluyó, con gran cordura, que todos los dormitorios debían estar del otro lado.

A la mañana siguiente, muy temprano (no tardó en despertarse después de una mala noche, que pasó acostado en el suelo), comprobó que debía adoptar otra explicación. Se abrieron las persianas, una a una, por medio de un mecanismo pulsado desde el interior, y dejaron a la vista unos postigos de acero, como los que hay en las tiendas, y luego estos postigos, a su vez, se enrollaron por un procedimiento parecido, y durante casi una hora las habitaciones quedaron abiertas al aire de la mañana. Al cabo de ese tiempo el señor Vandeleur, con sus propias manos, volvió a bajar los postigos y cerrar las persianas desde el interior.

Todavía estaba admirándose Francis de tanta cautela, cuando se abrió la puerta y una muchacha vino al jardín, donde estuvo un momento mirando a su alrededor. Antes de que pasaran dos minutos había vuelto a entrar en la casa, pero Francis había visto bastante para convencerse de que era una persona con los más asombrosos encantos. No sólo quedó su curiosidad muy avivada por el suceso, sino que sus ánimos mejoraron en un grado aún más notable. A partir de aquel momento los modales alarmantes y la vida tan confusa de su padre dejaron de preocuparlo y abrazó con entusiasmo a su nueva familia. La joven acabaría, quizá, por ser su hermana o su mujer, pero no tenía ninguna duda de que se trataba de un ángel en forma humana. Su horror se acrecentó cuando, de repente, comprendió que era muy poco lo que en verdad sabía, y que al seguir al señor Vandeleur hasta su casa bien podía haberse equivocado de persona.

El portero, a quien preguntó, sólo pudo darle pocas informaciones, que le sonaron de lo más sospechosas y llenas de misterio. En la casa vecina residía un caballero inglés, dueño de una gran fortuna y muy excéntrico en sus gustos y costumbres. Guardaba en la casa grandes colecciones, y para protegerlas había instalado postigos de acero y complicados cerrojos, así como los hierros puntiagudos que se veían sobre los muros del jardín. No recibía visitas, aunque se le veía de vez en cuando con algunas extrañas compañías con quienes, al parecer, tenía negocios. Vivían con él mademoiselle y una vieja sirvienta. -¿Mademoiselle es la hija? -preguntó Francis.

-Sí, señor -respondió el portero-. Mademoiselle es la hija de la casa, y es curioso cómo la hace trabajar. Con todas sus riquezas, va de compras al mercado, y la verá usted pasar con el cesto en el brazo todos los días de la semana.

-¿Y las colecciones?

-Son de incalculable valor. Más no le puedo decir. Desde que llegó el señor Vandeleur no hay en el barrio una sola persona que haya cruzado su puerta.

-Algo debe usted saber -insistió Francis-. ¿Qué son esas famosas colecciones? ¿Cuadros, sedas, estatuas, joyas o qué?

-Ah, señor, posiblemente sean zanahorias -contestó el portero, encogiéndose de hombros-. No seré yo quien se lo pueda decir. ¿Cómo saberlo? La casa está más protegida que una guarnición, como usted ve.

Y ya Francis, abatido, regresaba a su habitación cuando el portero le llamó de vuelta.

-Me acabo de acordar -le dijo-. El señor Vandeleur ha viajado por todo el mundo, y una vez le oí decir a la vieja que había traído consigo muchos diamantes. Si eso es verdad, habrá cosas dignas de verse detrás de esos postigos.

El domingo, Francis se encontró desde temprano en el lugar que le había sido reservado en el teatro. Su asiento era el segundo o tercero a partir de la izquierda, delante de uno de los palcos bajos. Como había sido elegida especialmente su posición debía tener importancia, y el instinto le dijo que el palco a su derecha tenía relación, de alguna manera, con el drama en que, a pesar de su desconocimiento, le correspondía un papel. Más aún, si querían, sus ocupantes podían observarle sin dificultad del comienzo al final de la pieza mientras que, sentándose en el fondo, evitarían todo examen de su parte. Se prometió no perderle de vista ni

un momento y, volviéndose hacia el resto del teatro, o fingiendo atender a lo que sucedía en escena, siguió mirando de reojo el palco vacío.

El segundo acto estaba avanzado y casi tocaba a su final cuando se abrió la puerta del palco y entraron dos personas que permanecieron en la parte más oscura. Francis logró con dificultad contener su emoción: eran el señor Vandeleur y su hija. La sangre le corrió por las arterias y las venas con rapidez insólita, le zumbaron los oídos, sintió un comienzo de mareo. No se atrevía a mirar por no levantar sospechas; el programa, que leía de principio a fin una vez y otra vez, de blanco que era se volvió rojo en sus manos; y cuando levantó la vista, la escena le pareció a una enorme distancia, y los gestos de los actores de lo más molestos y absurdos.

De tanto en tanto se atrevía a echar un vistazo en la dirección que más le interesaba y, por lo menos una vez, tuvo la seguridad de que sus ojos se encontraban con los de la muchacha. Todo su cuerpo se estremeció y vio todos los colores del arco iris. ¡Qué no hubiera dado por escuchar la conversación de los Vandeleur, por tener el valor de llevarse los gemelos a los ojos y examinar su actitud y su expresión! Posiblemente su vida entera se estaba decidiendo en el palco y él no podía participar, ni siquiera enterarse del debate, sino que estaba condenado a permanecer inmóvil en su lugar y a sufrir su ansiedad impotente.

Finalmente cayó el telón y quienes le rodeaban se levantaron de sus asientos para salir durante el entreacto. Lo normal era que siguiese su ejemplo y, al hacerlo, resultaba no sólo normal, sino inevitable, que pasara frente al palco. Francis, recurriendo a todo su valor, empezó a salir de la sala con los ojos bajos. Avanzaba con gran lentitud, pues iba detrás de un anciano que se movía muy lentamente y respiraba afanosamente. ¿Qué debía hacer? ¿Acaso dirigirse a los Vandeleur por su nombre al pasar junto a ellos? ¿Quitarse la flor del ojal y arrojarla al palco? ¿Levantar la cara y dirigir una mirada larga y afectuosa a la joven que era su hermana o su prometida? Repentinamente, mientras dudaba entre tantas posibilidades, tuvo una visión de su pasada existencia tranquila de empleado de banco y le invadió una sensación de nostalgia por el pasado.

Para entonces había llegado ante el palco y aunque no sabía todavía qué hacer, ni siquiera si debía hacer algo, volvió la cabeza y levantó la vista. No bien lo hizo, se le escapó un grito de decepción y quedó clavado en el sitio. Mientras él se aproximaba con tanta lentitud, el señor Vandeleur y su hija habían desaparecido discretamente.

Alguien detrás suyo le hizo notar de buenas formas que estaba entorpeciendo el paso; reanudó la marcha nuevamente con movimientos mecánicos, sin oponer resistencia a la multitud, que acabó por sacarle del teatro. Una vez en la calle, cuando cesó el agobio, se detuvo un momento y el aire fresco de la noche no tardó en hacerle recuperar sus facultades. Le sorprendió descubrir que sentía un agudo dolor de cabeza y que no recordaba nada de los dos actos que acababa de ver. A medida que pasaba la excitación empezó a invadirle un sueño abrumador; llamó a un coche y se hizo conducir a su casa en un estado de extremo cansancio y más bien harto de la vida.

Al día siguiente por la mañana fue a esperar a la señorita

Vandeleur en el camino al mercado y a las ocho en punto la vio venir calle abajo. Vestía sencillamente y hasta de manera pobre, pero en el porte de la cabeza y el cuerpo algo había de flexible y de noble que bastaba para dar distinción a las ropas más humildes. Hasta el cesto de la compra, que llevaba colgado del brazo con tanta gracia, se convertía en un adorno. Francis, escondido en un portal, tuvo la sensación de que el sol la venía siguiendo y las sombras se apartaban a su paso; sólo entonces se dio cuenta de que, en una casa vecina, un pájaro estaba cantando en su jaula.

La dejó pasar delante del portal, fue tras ella y la llamó.

-Señorita Vandeleur -dijo.

Ella giró y, al ver quién era, se puso mortalmente pálida. -Perdóneme, por favor -siguió diciendo Francis-. Dios sabe que no era mi intención asustarla. Por lo demás, no tiene motivos para asustarse con la presencia de alguien que siente por usted tanta simpatía como yo. Créame que lo hago por necesidad y no por voluntad propia. Compartimos muchas cosas y yo estoy que no vivo. Podría hacer mucho y me veo con las manos atadas. No sé ni siquiera lo que debo sentir, ni quiénes son mis amigos ni mis enemigos.

Ella tuvo que hacer un esfuerzo para contestarle. -Yo no le conozco a usted -le dijo.

-¡Ah, sí! Sí que lo sabe, señorita Vandeleur -respondió Francis-. Sabe mejor que yo quien soy. Eso es justamente lo que quiero que me diga, por encima de todas las cosas. Dígame lo que sabe, dígame quién soy yo, quién es usted, cómo se encuentran nuestros destinos. Ayúdeme un poco con mi vida, señorita Vandeleur, sólo una palabra o dos para guiarme, sólo el nombre de mi padre, si quiere, y quedaré agradecido y satisfecho.

-No quiero mentirle -dijo ella-. Sé quién es usted, pero no se lo puedo decir.

-Dígame al menos que perdona usted mi atrevimiento y esperaré con toda la paciencia de que soy capaz. Si no lo puedo saber, pues no lo sabré. Aunque sea cruel, me parece que podré aguantar. Pero no quisiera la pena de pensar que me he convertido en enemigo de usted.

-Lo que ha hecho usted es natural -dijo ella-, y yo no tengo nada que perdonarle. Adiós.

-¿Tiene que ser adiós? -preguntó Francis.

-No lo sé -contestó ella-. Adiós de momento, si quiere.

Y con estas palabras continuó su camino.

Francis regresó a su habitación poseído de una gran emoción. Esa mañana avanzó muy poco en su Euclides y pasó más tiempo en la ventana que en su improvisado escritorio. Pero, aparte de asistir al regreso de la señorita Vandeleur y al encuentro de ella y su padre, que fumaba un cigarro de Trichinopoli, no vio ninguna cosa que le llamara la atención en los alrededores de la casa de las persianas verdes antes de la comida del mediodía. Salió a aplacar su apetito en un restaurante próximo y regresó a la casa de la rue Lepic con la presteza que da la curiosidad insatisfecha. Un mozo de librea hacía pasear a un caballo de silla junto al muro del jardín, y el portero de Francis fumaba una pipa reclinado contra la puerta, absorto en la contemplación del criado y el caballo.

-¡Mire usted! -le dijo al joven-. ¡Qué bello animal! Y el mozo ¡qué bien arreglado! Son del hermano del señor Vandeleur, que está aquí de visita. Es un hombre importante en su país, un general; sin duda le conoce usted de oídas.

-Lo cierto es que nunca he oído hablar del general Vandeleur -dijo Francis-. Hay muchos generales en el ejército y mis actividades han sido exclusivamente civiles.

-Es el hombre que perdió el gran diamante de la India. Eso sí lo habrá leído en los periódicos.

En cuanto Francis se quitó de encima al portero, subió corriendo a los altos y se asomó a la ventana. En el claro que dejaban las hojas del castaño vio a los dos caballeros, que estaban sentados, dialogando y fumando un cigarro. El general, un hombre de cara congestionada y aspecto militar, tenía cierto parecido con su hermano, casi las mismas facciones y algo, aunque muy poco, de su aire desenvuelto y poderoso, pero era más viejo, más pequeño y de apariencia más común; se parecía a él como una caricatura al original y, al lado del dictador, se hubiera dicho un ser pobre y enclenque.

Hablaban en voz baja, inclinándose sobre la mesa con actitud interesada, de modo que Francis sólo lograba escuchar una o dos palabras de vez en cuando. Lo poco que oía le fue suficiente para darse cuenta de que hablaban de él y de su carrera; varias veces llegó a sus oídos el nombre de Scrymgeour, fácil de distinguir, y creyó oír con frecuencia aún mayor su primer nombre, Francis.

Finalmente el general, como muy enfadado, estalló en exclamaciones violentas.

-¡Francis Vandeleur! -gritaba, insistiendo en la última palabra-. ¡Francis Vandeleur, te digo!

El dictador se inclinó, con un movimiento que era mitad de afirmación y mitad de desdén, pero el joven no consiguió oír lo que decía. ¿Acaso era él mismo ese Francis Vandeleur? ¿Estaban discutiendo el nombre que debía usar para casarse? ¿O todo no pasaba de un sueño, de una ilusión de su propia presunción y alelamiento?

Durante un rato no pudo escuchar lo que decían, y luego tuvo la impresión de que los interlocutores disentían otra vez, pues el general volvió a levantar la voz en tono de cólera.

-¿Mi mujer? -decía a gritos-. ¡He terminado con ella para siempre! No quiero oír su nombre. Con sólo oírla nombrar me pongo enfermo.

Lanzó un juramento y golpeó la mesa con el puño.

Por los gestos que hacía, el dictador debió calmarlo con actitud paternal, y poco después le acompañó hasta la puerta del jardín. Se despidieron con un apretón de manos y con expresiones de afecto pero, en cuanto cerró la puerta tras su visitante, John Vandeleur se echó a reír a carcajadas, y su risa sonó despiadada y hasta diabólica a oídos de Francis Scrymgeour.

De esta forma transcurrió otro día y el joven había sacado muy poco en limpio. Recordaba, sin embargo, que al día siguiente era martes y se prometió hacer algunas averiguaciones curiosas; todo podía salir bien o mal, pero al menos estaba seguro de descubrir cosas interesantes y, con un poco de buena suerte, quizá llegaría al corazón del misterio que rodeaba a su padre y a su familia.

Mientras que se acercaba la hora de cenar se hicieron muchos preparativos en la casa de las persianas verdes. La mesa que Francis alcanzaba a ver entre las hojas del castaño debía usarse para el servicio y la preparación de ensaladas; los invitados se sentarían en otra mesa, casi completamente oculta, de la que apenas distinguía Francis destellos del mantel blanco y los cubiertos de plata.

El señor Rolles llegó muy puntual, a la hora exacta; tenía aire desconfiado, hablaba poco y en voz baja. El dictador, por su parte, parecía de muy buen humor, y su risa juvenil y agradable resonaba a cada momento en el jardín; por las modulaciones de la voz y los cambios de tono, debía estar contando historias divertidas, e imitando los acentos de muchos países; antes de que él y el joven clérigo hubiesen acabado el aperitivo, toda sensación de recelo había desaparecido y conversaban como un par de antiguos compañeros de escuela.

Por último apareció la señorita Vandeleur, que traía una gran sopera. El señor Rolles corrió a ofrecerle su ayuda, que ella rechazó entre risas; los tres bromearon sobre esta manera tan primitiva de cenar, atendidos por uno de los invitados.

-Así estaremos más tranquilos -dijo el señor Vandeleur. Un momento después se habían sentado a la mesa y Francis pudo ver y oír muy poco de lo que sucedía. La cena parecía de lo más divertida; el rumor de voces y el tintineo de cubiertos que llegaba desde bajo el castaño era incesante y Francis, que debía contentarse con roer un mendrugo, sintió envidia de la magnífica comida de que daban cuenta los demás tan grata y pausadamente. Habían saboreado uno tras otro varios platos y luego, cuando llegó la hora de servir un postre delicado, el dictador descorchó él mismo una botella de vino añejo.

Al oscurecer encendieron una lámpara en la mesa de la cena y un par de velas en la otra. La noche estaba completamente despejada, sin viento, con un cielo estrellado. También llegaba luz de la puerta y la ventana de la galería, de modo que el jardín se hallaba bastante iluminado y las hojas relucían en la penumbra.

Debía ser la décima vez que la señorita Vandeleur entraba en la casa, y esta vez volvió con la bandeja de café, que puso en la mesa de servicio. El señor Vandeleur se levantó de su asiento.

-El café es cosa mía -le oyó decir Francis.

Un momento después, a la luz de las velas, vio a su supuesto padre de pie junto a la mesa de servicio.

Sin parar de hablar por encima del hombro, el señor Vandeleur sirvió dos tazas de café y luego, con rapidez de prestidigitador, vertió el contenido de un frasco en la más pequeña. Francis, que le miraba a la cara, apenas si tuvo tiempo comprender lo que hacía antes de que estuviera hecho. Ya el señor Vandeleur, aún riéndose, volvía a la mesa con una taza en cada mano.

-Antes de que tomemos el café -dijo- habrá llegado nuestro famoso judío.

Sería imposible describir la turbación y la angustia de Francis Scrymgeour. Había sido testigo de que se tramaba algo malo y se sentía obligado a intervenir, pero no sabía cómo hacerlo. Podía tratarse de una broma, y entonces ¿cómo quedaría él, que se atrevía a ofrecer una aviso inútil? O, si la cosa iba en serio, el criminal podía ser su propio padre y ¿cómo no habría de pesarle denunciar al autor de sus días? Por primera vez tuvo conciencia de su situación de espía. Permanecer sin hacer nada en ese trance, y con tal conflicto de sentimientos llenándose el pecho, fue sufrir torturas indecibles; se colgó a las barras del postigo, sentía el corazón que le latía apresurado e irregular, el cuerpo empapado de sudor. Pasaron varios minutos.

Tuvo la sensación de que la conversación se debilitaba y disminuía en vivacidad y volumen, pero no advertía ningún signo de que ocurriese algo alarmante o notable.

De repente oyó una copa que se hacía pedazos y luego un ruido ahogado, como de una persona que cae hacia adelante y golpea la mesa con la cabeza. En ese momento se elevó del jardín un grito agudo y desgarrador.

-¿Qué le has hecho? -gritaba la señorita Vandeleur-. ¡Está muerto!

El dictador contestó en un susurro, tan violento y sibilante que Francis, en la ventana, oyó con toda claridad cada una de sus palabras.

-¡Silencio! -dijo el señor Vandeleur-. Está tan bien como yo. Cógele de los talones, mientras yo le sujeto por los hombros.

Francis escuchó que la señorita Vandeleur estaba en llanto. -¿Me oyes? -siguió diciendo el dictador en el mismo tono-, o quieres pelearte conmigo? Elige ahora mismo. Hubo una nueva pausa y el dictador habló otra vez.

-Cógele de los talones. Tengo que arrastrarle a la casa. Si fuera más joven me enfrentaría a todo el mundo, pero los años y los peligros me han aflojado las manos y debo pedirte ayuda.

-Es un crimen -respondió la muchacha.

-Soy tu padre -dijo el señor Vandeleur.

Estas afirmación pareció surtir su efecto. Francis escuchó el ruido de algo pesado arrastrado por el camino de grava y luego una silla que caía al suelo; después vio al padre y la hija avanzar con dificultad hacia la galería, sosteniendo por los hombros y las rodillas el cuerpo yermo del señor Rolles. El joven clérigo estaba muy pálido y con los miembros relajados; a cada paso la cabeza le caía a un lado.

¿Estaba vivo o muerto? Francis, a pesar de las palabras del dictador, se inclinaba por esto último. Un gran crimen se había cometido; una gran calamidad se había desplomado sobre los habitantes de la casa de las persianas verdes. Para su sorpresa, Francis descubrió que su horror ante la víctima desaparecía, frente a la compasión que sentía por la muchacha y el viejo, a quienes creía en el más grave peligro. Sentimientos generosos le inundaron el corazón; sí, también él ayudaría a su padre contra los hombres y la humanidad, el destino y la justicia: levantando las persianas, cerró los ojos y se lanzó, con los brazos abiertos, en medio del espeso follaje del castaño.

Mientras, las ramas se le escapaban de las manos o las iba quebrando con su peso; luego, una más fuerte se le enganchó bajo un brazo y durante un segundo se vio colgando en el aire; se pudo soltar y cayó pesadamente sobre la mesa. Un grito de alarma llegado de la casa le

indicó que su llegada no pasaba inadvertida. Cruzó el jardín con tres grandes saltos y se detuvo ante la puerta de la galería.

En un pequeño gabinete cubierto de esteras, rodeado de vitrinas con objetos raros y curiosos, el señor Vandeleur, que estaba inclinado sobre el cuerpo del señor Rolles, se irguió al llegar Francis. Luego, cosa de un segundo, en un abrir y cerrar de ojos, le pareció que el dictador retiraba algo del pecho del clérigo, le miraba un instante brevísimo mientras lo sostenía en la mano y con la misma rapidez lo entregaba a su hija.

Todo sucedió mientras Francis tenía aún un pie en el umbral y el otro en el aire. Un momento después se había arrodillado frente al señor Vandeleur.

-¡Padre! -gritó-. ¡Déjame ayudarte! Haré lo que me pidas sin una sola pregunta. Te obedeceré con la vida. Trátame como a un hijo y hallarás en mí la devoción de un hijo.

La primera respuesta del dictador fue una lamentable explosión de insultos.

-¿Padre e hijo? -vociferaba-. ¿Hijo y padre? ¿Qué significa esta comedia? ¿Qué hace usted en mi jardín? ¿Qué quiere? ¿Quién es usted, por Dios?

Francis, sorprendido y avergonzado, se incorporó y guardó silencio.

Entonces el señor Vandeleur pareció reconocerle y se echó a reír.

-¡Ah, ya entiendo! -dijo-. Es Scrymgeour. Muy bien, señor Scrymgeour. Permítame explicarle, en pocas palabras, su situación. Ha entrado usted en mi residencia privada, por fuerza o quizá por fraude, pero sin ser invitado de mi parte, en el momento menos propicio, cuando un huésped se acaba de desmayar en la mesa, a importunarme con sus ruegos. No es usted hijo mío. Para que lo sepa, usted es el bastardo de mi hermano y de una pescadera. A mí no me inspira más que una indiferencia, casi aversión, y ahora que observo su conducta creo que es usted exactamente lo que aparenta. Le aconsejo que reflexione en todo esto a su tiempo; ahora le ruego que me libre de su presencia. Si no estuviera tan ocupado -añadió el dictador, con un atroz juramento-, le daría tal paliza que no le dejaría un solo hueso sano.

Francis escuchaba estas palabras con profunda humillación. Hubiera desaparecido de ser esto posible, pero no sabía cómo salir de la casa a la que entrara en tan mala hora, y no podía sino aguardar tontamente en el mismo sitio.

La señorita Vandeleur rompió el silencio.

-Padre -dijo-, hablas con cólera. El señor Scrymgeour se ha equivocado, pero lo ha hecho con las mejores intenciones.

-Te lo agradezco -dijo el dictador-, me recuerdas algunas cuantas observaciones que debo hacerle, por mi honor, al señor Scrymgeour. Mi hermano -prosiguió, dirigiéndose al joven- ha sido tan idiota como para otorgarle una pensión; tan idiota y presumido como para proponer una unión entre usted y esta joven. Hace dos noches ella lo supo y me complace decirle que rechazó la idea con repugnancia. Permítame añadir que tengo mucha influencia con su padre, y que no será culpa mía si se queda usted sin un centavo, y si antes de que acabe la semana no vuelve a su trabajo.

El tono del viejo era, de ser posible, aún más hiriente que sus palabras. Francis se vio expuesto a un desprecio cruel, frío e insoportable; sentía que le daba vueltas la cabeza y, se cubrió el rostro con las manos, lanzó un sollozo de angustia. Una vez más, la señorita Vandeleur intervino en su favor.

-Señor Scrymgeour -dijo la muchacha, en tono claro y firme-. No debe usted creer las expresiones tan duras de mi padre. Yo no siento por usted ninguna repugnancia; por lo contrario, pedí una oportunidad para conocerle mejor. En cuanto a lo sucedido esta noche, créame que lo considero con tanta compasión como estima.

En ese momento el señor Rolles movió convulsivamente un brazo, y Francis se convenció de que sólo se hallaba drogado, y de que el narcótico empezaba a perder sus efectos. El señor Vandeleur se inclinó sobre el clérigo y le examinó el rostro.

-¡Vamos, vamos! -dijo, levantando la cabeza-. Es hora de poner fin a todo esto. Puesto que le aprecia usted tanto, señorita Vandeleur, coja una vela y acompañe a este bastardo hasta la puerta.

La joven se apresuró a obedecer.

-Muchas gracias -dijo Francis, tan pronto se encontraron solos en el jardín-. Se lo agradezco con toda el alma. Ha sido la noche más amarga de mi vida, pero ahora tendrá siempre un matiz agradable.

-He dicho lo que sentía-respondió ella-; le hago justicia, nada más. Lamento lo mal que le han tratado.

Habían llegado a la puerta del jardín y la señorita Vandeleur, poniendo la vela en el suelo, descorrió los cerrojos.

-Una palabra más -dijo Francis-. Esta no será la última vez... Quiero decir que volveré a verla, ¿no es cierto?

-¡Ay! -contestó ella-. Ya ha escuchado a mi padre. ¿Qué puedo hacer sino obedecerle?

-Dígame al menos que no es por su propia voluntad, y que si por usted fuera volveríamos a vernos.

-Así es. Sí que lo quisiera. Creo que usted es valiente y honrado.

-Entonces déme un recuerdo -dijo Francis.

La joven se detuvo con la mano en la llave; ya había quitado todas las barras y cerrojos y no le quedaba sino abrir la puerta.

-Si se lo doy, ¿me promete hacer todo lo que le diga al pie de la letra?

-¿Me lo pregunta? Basta que me lo diga usted. Ella hizo girar la llave y abrió la puerta.

-Está bien -dijo-. No sabe usted lo que me pide, pero que así sea. Oiga lo que oiga, pase lo que pase, no regrese a esta casa. Huya tan pronto como pueda a barrios más transitados. Pero incluso allí, no deje de estar alerta. Corre un peligro mucho mayor de lo que imagina. Prométame que ni siquiera echará un vistazo al recuerdo que le daré hasta no llegar a lugar seguro. -Lo prometo -dijo Francis.

Ella puso en la mano del joven algo envuelto flojamente en un pañuelo y, al mismo tiempo, con una fuerza que él no hubiera imaginado, le empujó a la calle.

-¡Corra ahora! -le gritó.

Francis oyó cerrar la puerta detrás suyo y el crujido de los cerrojos.

«¡Vaya por Dios! -se dijo-. ¡Puesto que lo he prometido!», y echó a correr en dirección a la rue Ravignan.

No se hallaba ni a cincuenta pasos de la casa, de las persianas verdes cuando un griterío infernal estalló de pronto en el silencio de la noche. Se detuvo, sin pensar lo que hacía; otro transeúnte hizo lo propio; en las casas vecinas las gentes se asomaban a las ventanas; una detonación no hubiese producido un alboroto mayor en el barrio desierto. Todo parecía, sin embargo, obra de un solo hombre, que aullaba entre el dolor y la rabia, como una leona a la que quitan sus cachorros; entre los gritos que arrastraba el viento, Francis distinguió, con sorpresa y con alarma, su propio nombre mezclado con mil imprecaciones inglesas.

Su primer impulso fue regresar a la casa; luego recordó el consejo de la señorita Vandeleur y decidió acelerar aún más su carrera; se disponía a poner su idea en ejecución cuando el dictador, con la cabeza descubierta y el pelo blanco en desorden, pasó dando voces junto a él, como una bala de cañón, y se lanzó calle abajo.

«Me he librado por poco -se dijo Francis-. No tengo idea de lo que le pasa, ni de por qué está tan furioso, pero no hay duda de que por el momento no debo acercármele. Lo mejor que puedo hacer es seguir el consejo de la señorita Vandeleur.»

Giró sobre sus pasos y, se dirigió a la rue Lepic, mientras su perseguidor iba por la misma calle, aunque en dirección opuesta. El plan estaba mal pensado; a decir verdad, debiera haberse sentado en el café más próximo, a esperar que pasara el primer impulso de la

persecución. Pero Francis carecía de experiencia en las pequeñas guerras de la vida privada, y sus pocas aptitudes naturales no indicaban que hubiera hecho nada malo, de modo que nada temía, como no fuese una conversación desagradable. Creía haber tenido suficiente para una noche, y no podía imaginarse que la señorita Vandeleur tuviese aún algo que decirle. Se sentía herido en cuerpo y alma: el cuerpo golpeado, el alma asaetada; se dijo que el señor Vandeleur era dueño de una lengua verdaderamente viperina.

Pensar en sus golpes le hizo reparar en que no sólo iba por la calle sin sombrero, sino en que sus ropas se habían desgarrado en el descenso para el castaño. En la primera tienda abierta se compró un sombrero barato, de alas anchas, y mejoró un tanto su desarreglo indumentario. Guardó el recuerdo de la señorita Vandeleur, todavía envuelto en un pañuelo, en un bolsillo del pantalón.

No muy lejos de la tienda sufrió un choque inesperado, una mano que le asía de la garganta, una cara furiosa junto a la suya, una boca abierta que le mascullaba al oído. El dictador, al no encontrar huellas de su presa, había vuelto por otro camino. Francis era robusto, pero no podía oponerse a su adversario en fuerza ni en habilidad y, después de un vago forcejeo, se entregó sin más resistencia.

-¿Qué quiere de mí? -le preguntó.

-De eso hablaremos en casa -respondió el dictador con seño torvo.

Y siguió arrastrando al joven cuesta arriba, hacia la casa de las persianas verdes.

Pero Francis, que había dejado de forcejear, se mantuvo atento, esperando el momento oportuno para liberarse con un gesto de audacia. De pronto dio un salto, dejó el cuello del abrigo en manos del señor Vandeleur y se lanzó a toda velocidad en dirección de los bulevares.

Los papeles se habían ahora invertido: Si el dictador era más fuerte, Francis, en la flor de la juventud, era mucho más rápido y no tardó en huir entre la multitud. Durante un momento sintió alivio, aunque seguía poseído por una sensación de alarma y desconcierto, y marchó a buen paso hasta la plaza de la ópera, alumbrada de luces eléctricas.

«Esto, por lo menos -se dijo-, le gustaría a la señorita Vandeleur.»

Y girando a la derecha para seguir por los bulevares, entró en el Café Américain y pidió una cerveza. Era demasiado tarde o demasiado temprano para la mayoría de los clientes del establecimiento. En la sala había sólo dos o tres mesas ocupadas, todas por hombres, y Francis estaba demasiado preocupado por sus asuntos como para prestarles atención.

Sacó el pañuelo del bolsillo. El objeto envuelto resultó ser un estuche de tafilete, con broche y adornos dorados, que se abrió al apretar un resorte para que el joven viera horrorizado un diamante de tamaño descomunal y extraordinario brillo. Las circunstancias eran tan inexplicables, y el valor de la piedra evidentemente tan enorme, que Francis se quedó inmóvil observando el estuche abierto, sin ninguna idea consciente, como un hombre que de pronto se ha vuelto idiota.

Una mano liviana pero firme le cogió del hombro y una voz serena, y sin embargo llena de autoridad, le dijo al oído estas palabras:

-Cierre el estuche y cálmese.

Al levantar la vista vio que un hombre todavía joven, de apariencia tranquila y elegante, vestido con pulcra sencillez, se había levantado de una mesa vecina con su bebida, y sentado junto a Francis.

-Cierre el estuche -dijo el desconocido- y vuélvalo a su bolsillo donde, estoy seguro, no debiera haber estado nunca. Por favor, elimine de su rostro esa expresión de sorpresa y compórtese como si fuésemos conocidos que se encuentran por casualidad. Eso es. Levante el vaso, como si brindáramos. Muy bien. Me temo, señor, que es usted un aficionado.

El desconocido dijo estas últimas palabras sonrió, dándoles un sentido especial; luego se arrellanó en su asiento y aspiró con fruición una honda bocanada de su habano.

-Por amor de Dios -dijo Francis-, ¿quién es usted y qué significa esto? No sé por qué tengo que obedecer a sus sugerencias tan insólitas, pero, a decir verdad, me han ocurrido esta noche aventuras tan desconcertantes, y las gentes que encuentro se conducen de manera tan extraña, que creo haberme vuelto loco o haber ido a parar a otro planeta. Su rostro me inspira confianza; parece usted un hombre de bien, prudente, de gran experiencia; dígame, por Dios, ¿por qué se dirige a mí de esta manera tan curiosa?

-Todo a su tiempo -respondió el desconocido-. Primero preguntaré yo, y debe usted explicarme cómo ha llegado a su poder el Diamante del Rajá.

-¡El Diamante del Rajá! -repitió el joven como un eco.

-Si yo fuera usted no hablaría tan alto -dijo el otro-. No hay duda de que tiene el Diamante del Rajá en el bolsillo. Lo he visto y examinado muchas veces en la colección de sir Thomas Vandeleur.

-¡Sir Thomas Vandeleur! ¡El general! ¡Mi padre!

-¿Su padre? -dijo el desconocido-. No sabía que el general tuviese hijos.

-Soy hijo natural, señor -respondió Francis, ruborizándose.

El hombre se inclinó gravemente. Fue una reverencia respetuosa, como de un hombre que se disculpa en silencio ante uno de sus iguales y, sin saber bien por qué, Francis sintió alivio y consuelo. Su presencia le hacía bien; le parecía tocar tierra firme, una sensación de respeto le llenaba el pecho y, sin pensarlo, se quitó el sombrero, como ante un superior.

-Veo que no todas sus aventuras han sido pacíficas -dijo el desconocido-. Tiene usted el cuello del abrigo arrancado, la cara arañada y un corte en la sien; quizá perdonará mi curiosidad si le pregunto a qué se debe todo ello, y cómo es que lleva en el bolsillo un objeto robado que vale una fortuna.

-¡No, señor, en eso no estoy de acuerdo! -respondió Francis con vehemencia-. No tengo ningún objeto robado. Si se refiere usted al diamante, me lo dio la señorita Vandeleur, no hace ni una hora, en la rue Lepic.

-¡La señorita Vandeleur, en la rue Lepic! -repitió el otro-. Eso me interesa más de lo que puede usted suponer. Le ruego que continúe.

-¡Cielos! -exclamó Francis.

De pronto su memoria dio un salto. Había visto al señor Vandeleur coger algo del pecho de su visitante indefenso, y lo que había visto -ahora estaba seguro- era un estuche de tafilete.

-¿Tiene una idea? -le preguntó el desconocido.

-Atienda -le contestó Francis-. No sé quién es usted, pero me parece alguien digno de confianza y dispuesto a ayudarme. Estoy en una situación de lo más extraña; necesito consejo y apoyo, y puesto que usted me invita, voy a contárselo todo.

Y acto seguido hizo una breve reseña de sus aventuras, a partir del día en que un abogado le escribió al banco pidiéndole una cita.

-Su historia es, en verdad, notable -dijo el desconocido cuando el joven acabó su relato- y se halla usted en una situación difícil y peligrosa. Muchos le aconsejarían que buscase a su padre y le diese el diamante, pero ésa no es mi opinión.

-¡Camarero! -llamó.

El camarero se acercó a la mesa.

-¿Quiere decirle al dueño del establecimiento que venga a hablar conmigo un instante? -dijo el desconocido, y Francis volvió a notar, en su tono y en sus modales, al hombre acostumbrado a mandar.

El camarero se retiró y volvió poco después con el dueño, que se inclinó con grandes muestras de respeto.

-¿En qué puedo servirle? -preguntó.

-Hágame el favor de decirle mi nombre a este caballero -dijo el desconocido, señalando a Francis.

Librodot

-Señor -dijo el dueño, dirigiéndose al joven Scrymgeour-, tiene usted el honor de compartir la mesa con Su Alteza el príncipe Florizel de Bohemia.

Francis se incorporó de un salto e hizo una reverencia agradecida al príncipe, quien le ordenó sentarse.

-Muchas gracias -dijo Florizel, dirigiéndose una vez más al dueño-. Siento haberle molestado por esta insignificancia. Y le despidió con un gesto de la mano.

-Y ahora -dijo el príncipe- déme el diamante. El estuche cambió de manos sin una palabra.

-Ha hecho bien -dijo Florizel-. Sus sentimientos le han inspirado y acabará por agradecer las desventuras de esta noche. Un hombre, señor Scrymgeour, puede verse en mil problemas, pero si tiene el corazón en su lugar y una inteligencia clara, saldrá de ellas sin deshonor. Quede usted tranquilo, yo me ocupo de sus asuntos: con ayuda de Dios, estoy seguro de llevarlos a buen fin. Sígame, por favor, a mi coche.

Diciendo esto, el príncipe se puso en pie y, tras dejar una moneda de oro al camarero, salió con el joven del café y le llevó bulevar abajo, hasta donde aguardaba un coche discreto y dos criados sin librea.

-Este coche está a su disposición -le dijo a Francis-. Recoja su equipaje lo antes posible y mis criados le llevarán a una villa en las afueras de París, donde podrá usted esperar con tranquilidad que yo haya tenido tiempo de arreglar su situación. Encontrará usted un hermoso jardín, una biblioteca bien provista, un cocinero, una bodega y unos cuantos buenos cigarros que le recomiendo. Jerôme -añadió, volviéndose a uno de los criados-, ha oído usted lo que he dicho; dejo al señor Scrymgeour a su cargo; no dudo que sabrá usted cuidar de mi amigo.

Francis balbuceó unas frases entrecortadas de agradecimiento.

-Ya tendrá suficiente tiempo para darme las gracias -le dijo Florizel- cuando su padre le haya reconocido y esté usted casado con la señorita Vandeleur.

Y el príncipe se alejó caminando en dirección de Montmartre. Poco más allá hizo una seña a un coche de alquiler, dio una dirección y un cuarto de hora más tarde -había despedido al cochero a cierta distancia- golpeaba a la puerta del jardín del señor Vandeleur.

El dictador en persona vino a abrirle con muchas precauciones.

-¿Quién es usted? -preguntó.

-Perdone usted que le visite tan tarde, señor Vandeleur -dijo el príncipe.

-Su Alteza siempre es bienvenido -respondió el señor Vandeleur, retrocediendo.

El príncipe, aprovechando el espacio libre que le dejaba, entró y, sin detenerse, fue hasta la casa y abrió la puerta del salón. En él estaban sentados dos personas: la señorita Vandeleur, con los ojos enrojecidos de haber llorado, seguía sacudida de cuando en cuando por un sollozo; en la otra, el príncipe reconoció al joven que un mes antes le consultara sobre cuestiones literarias en el salón de fumar del club.

-Buenas noches, señorita Vandeleur -dijo Florizel-, parece usted algo fatigada. ¿El señor Rolles, si no me equivoco? Espero que haya estudiado usted con provecho las obras de Gaboriau, señor Rolles.

Pero el joven eclesiástico, demasiado amargado para decir nada, se limitó a hacer una ligera reverencia y siguió mordiéndose los labios.

-¿A qué grata circunstancia debo el honor de la presencia de Su Alteza? -dijo el señor Vandeleur, que había entrado detrás de su visitante.

-Vengo por negocios -respondió el príncipe-. Tengo un asunto que tratar con usted. Cuando esté arreglado, le pediré al señor Rolles que me acompañe a dar un paseo. Señor Rolles -agregó con tono de severidad-, permítame recordarle que aún no me he sentado.

El clérigo se incorporó en el acto, murmurando una excusa; el príncipe tomó asiento en un sillón junto a la mesa, dio su sombrero al señor Vandeleur y su bastón al señor Rolles, y los mantuvo de pie, como gente a su servicio, mientras decía lo siguiente:

-He venido aquí, como he dicho antes, por razones de negocios; si hubiese venido por mi gusto, no podría sentirme más molesto con la recepción ni más insatisfecho con la compañía. Usted, señor -prosiguió, dirigiéndose al señor Rolles-, es un desconsiderado con una persona de rango superior al suyo; usted, Vandeleur, exhibe una sonrisa, pero sabe muy bien que se ha conducido mal y no tiene las manos limpias. No deseo que se me interrumpa, señor -añadió con tono imperioso-. He venido a hablar y no a escuchar; le pediré que me oiga con respeto y que obedezca mis órdenes al pie de la letra. Su hija se casará lo antes posible en la Embajada con mi amigo el señor Francis Scrymgeour, hijo reconocido de su hermano. Me hará usted el favor de darle una dote no menor de diez mil libras. En lo que a usted se refiere, le encomendaré por escrito una misión de cierta importancia en Siam. Y ahora, señor, dígame en dos palabras si está de acuerdo con mis condiciones.

-Su Alteza me perdonará -dijo el señor Vandeleur- si le ruego, con todo respeto, que me permita un par de observaciones.

-Tiene usted mi permiso.

-Su Alteza ha llamado al señor Scrymgeour su amigo -siguió diciendo el dictador-. Créame que si hubiera sabido que tenía ese honor, le habría tratado con el debido respeto.

-Se defiende usted con habilidad -dijo el príncipe-, pero de nada sirve. Ya he dado mis órdenes; aunque no hubiese visto nunca a ese caballero antes de esta noche, no por ello serían menos absolutas.

-Su Alteza interpreta mis palabras con su sutileza de siempre -dijo Vandeleur-. Además, lamentablemente he denunciado al señor Scrymgeour a la policía, acusándole de robo. ¿Debo retirar o mantener la acusación?

-Lo que usted quiera -respondió Florizel-. La cuestión está entre su conciencia y las leyes de este país. Déme mi sombrero y usted, señor Rolles, déme mi bastón y sígame. Señorita Vandeleur, tenga usted buenas noches. Supongo

-añadió, dirigiéndose a Vandeleur- que su silencio significa un asentimiento sin reservas.

-Si no hay más remedio me someto -dijo el anciano-. Pero le advierto que no será sin resistencia.

-Es usted anciano, pero en los malvados los años resultan más deshonrosos -dijo el príncipe-. Su vejez es más terrible que la juventud de otros. No me provoque o sabrá que soy más duro de lo que se imagina. Esta es la primera vez que me encuentra en su camino y suscita mi cólera; cuídese de que sea la última.

Tras decir estas palabras, Florizel hizo al clérigo señal de que le siguiera, salió del apartamento y fue hacia la puerta del jardín; el dictador les seguía con una vela para alumbrar el camino y descorrió otra vez los complicados cerrojos que le protegían de toda intrusión.

-Ahora que su hija no está presente -dijo el príncipe, girándose en el umbral- quiero decirle que entiendo muy bien sus amenazas; no tiene sino que levantar la mano y será usted causa de su propia ruina, inmediata e irremediable.

Nada respondió el dictador, pero cuando el príncipe le volvió la espalda, hizo un gesto de amenaza lleno de furia, y un momento después salió a hurtadillas de su casa y fue corriendo a la estación de coches de alquiler más cercana.

Aquí (dice mi árabe) llega a su fin la narración de «La casa de las persianas verdes». Una aventura más (agrega) y habremos terminado con El Diamante del Rajá. Los habitantes de Bagdad conocen el último eslabón de la cadena con el nombre de «La aventura del príncipe Florizel y el detective».

La aventura del príncipe Florizel y el detective

El príncipe Florizel fue con el señor Rolles hasta la puerta del hotel donde éste se alojaba. Mucho hablaron mientras iban caminando, y más de una vez el clérigo se sintió conmovido hasta el alma por la mezcla de severidad y ternura de los reproches de Florizel.

-He arruinado mi vida -dijo por fin-. Ayúdeme, dígame lo que debo hacer. No tengo, ¡ay!, las virtudes de un sacerdote ni la categoría de un pícaro.

Ahora que se ha humillado usted, dejo yo de dar órdenes -respondió el príncipe-. Quien se arrepiente responde sólo ante Dios y no ante los príncipes. No obstante, si quiere mi opinión, es mejor que se marche a Australia, busque un trabajo manual al aire libre y trate de olvidar que fue una vez eclesiástico, y hasta que puso los ojos en esa maldita piedra.

-¡Maldita, en efecto! ¿Dónde estará ahora? ¿Qué nuevos daños estará preparando para la gente?

-No hará más daño -dijo el príncipe-. La tengo aquí, en el bolsillo. Y esto -añadió bondadosamente- le probará que, aunque es usted joven, tengo fe en su arrepentimiento.

-Permítame que le estreche la mano -le rogó el señor Rolles.

-No -dijo el príncipe Florizel-. Todavía no.

Las palabras sonaron con elocuencia en los oídos del joven eclesiástico y, cuando el príncipe le dejó en la puerta del hotel, se quedó un momento siguiendo con la mirada la figura que se alejaba e invocando la bendición del cielo sobre un hombre de tan excelente consejo.

Durante varias horas el príncipe caminó en soledad por calles poco frecuentadas. Iba absorto en sus preocupaciones; no sabía qué hacer con el diamante, si devolverlo a su dueño, a quien juzgaba indigno de tan rara posesión, o tomar una medida radical y valiente, arrojándolo de una vez por todas lejos del alcance de los hombres: el problema era demasiado grave para decidirlo en un momento. La manera cómo la joya había caído en su poder era claramente providencial y, cuando la sacaba del bolsillo para mirarla a la luz de los faroles, su tamaño y su asombroso resplandor le inclinaban a considerarla cada vez más un elemento maligno y un peligro para el mundo.

«¡Dios me ayude! -se decía-. Si la sigo mirando empezaré a codiciarla yo también.»

Por último, aún indeciso, se dirigió a la mansión pequeña y elegante cercana al río que ha pertenecido durante siglos a su familia real. Las armas de Bohemia se hallan grabadas profundamente sobre la puerta principal y en las altas chimeneas; las gentes que pasan por la calle se asoman a un patio lleno de plantas y adornado con las flores más suntuosas; una cigüeña, la única de París, pasa el día entero sobre el tejado y mantiene a un grupo de curiosos frente a la casa. Graves criados van de un lado a otro; de tiempo en tiempo se abre la puerta y un carruaje cruza el arco de la entrada y sale a la calle. Por muchas razones esta residencia era grata al corazón del príncipe Florizel, que no se acercaba nunca a ella sin sentir esa sensación de vuelta al hogar tan rara en la vida de los grandes; esa noche divisó con verdadero alivio y satisfacción el alto tejado y las ventanas tenuemente iluminadas.

Se acercaba a una pequeña puerta lateral por la cual solía entrar siempre que venía solo, cuando un hombre, que había permanecido oculto en la sombra, se cruzó en su camino y le hizo una reverencia.

-¿Tengo el honor de hablar con el príncipe Florizel de Bohemia? -le preguntó.

-Ese es mi título -contestó el príncipe-. ¿Qué quiere usted?

-Soy un detective y debo entregarle a Su Alteza esta nota del prefecto de policía.

El príncipe cogió la carta y la leyó a la luz de un farol. En ella se le pedía, con muchas disculpas, que siguiera al portador hasta la prefectura sin demora alguna.

-En suma -dijo Florizel-, estoy detenido.

-Su Alteza -dijo el funcionario-, le aseguro de que nada es ajeno a las intenciones del prefecto. Observará usted que no hay orden de detención. Se trata de una mera formalidad o, si lo prefiere, de un favor que Su Alteza hace a las autoridades.

-Y aun así, ¿si me negara a seguirle?

-No disimularé a Su Alteza que se me ha dado amplia capacidad de acción -respondió el detective, inclinándose. -¡Tanto descaro me deja perplejo! -exclamó Florizel-. Usted no es sino un agente y debo perdonarle, pero sus superiores pagarán caro estos abusos. ¿Tiene una idea de qué puede impulsar un acto tan imprudente y anticonstitucional? Observe que aún no he aceptado ni rechazado su petición: mucho depende de que me responda leal y prontamente. Permítame que le haga notar que es un asunto de cierta gravedad.

-Su Alteza-dijo el detective en tono de lo más comedido-, el general Vandeleur y su hermano han tenido la osadía increíble de acusarle de robo. Afirman que el famoso diamante está en poder de Su Alteza. Una palabra suya negándolo bastará para satisfacer al prefecto; digo más: si Su Alteza se dignase honrar a un subalterno, declarando ante mí que nada sabe del asunto, le pediré permiso para retirarme en el acto.

Florizel, hasta el último momento, pensaba en su aventura como en algo sin importancia, que sólo podía volverse seria por consideraciones internacionales. Al oír el nombre de Vandeleur supo al instante la horrible verdad: no sólo estaba detenido, sino que era culpable. Se trataba de un asunto mucho más grave que una simple molestia, su propio honor se hallaba en peligro. ¿Qué debía decir? ¿Qué hacer? El Diamante del Rajá había resultado, en efecto, una piedra maldita y, por lo visto, era la última víctima de su nefasta influencia.

Una cosa era indudable: no podía dar al detective las garantías que éste le pedía. Debía ganar tiempo.

Había titubeado menos de un segundo.

-Pues bien -dijo-, marchemos juntos a la prefectura. El hombre se inclinó una vez más y empezó a seguir a Florizel a una distancia respetuosa.

-Acérquese usted -dijo el príncipe-. Prefiero ir conversando y, si no me equivoco, no es la primera vez que nos encontramos.

-Para mí es un honor que Su Alteza recuerde mi rostro -respondió el otro-. Hace ocho años tuve el placer de entrevistarme con usted.

-Recordar los rostros es parte de mi profesión, tanto como de la suya -dijo Florizel-. Bien mirado, el príncipe y el detective sirven en el mismo ejército. Ambos luchamos contra el crimen, pero mi cargo es más lucrativo y el suyo más arriesgado; en cierto sentido, ambos pueden ser igualmente honorables para un hombre justo. Le diré, por extraño que pueda parecerle, que preferiría ser un detective honrado y capaz antes que un soberano débil e innoble.

El detective se sentía abrumado.

-Su Alteza devuelve bien por mal -dijo-. A un acto de sospecha responde con la más amable de las condescendencias.

-¿Cómo sabe usted que no trato de corromperle? -le preguntó Florizel.

-¡El cielo me proteja de esa tentación! -exclamó el detective.

-Me gusta su respuesta -le contestó el príncipe-, que es la de un hombre sagaz y honesto. El mundo es grande, lleno de tesoros y bellezas, y no hay límite a las recompensas que puedan ofrecerse. Quien rechaza un millón puede vender su honor por un imperio o el amor de una mujer; yo mismo, que le hablo, he visto ocasiones tan tentadoras, provocaciones tan irresistibles a la fuerza de la virtud, que me he alegrado de seguir su ejemplo y de

encomendarme a la gracia de Dios. Por eso, debido a esa costumbre buena y modesta, usted y yo podemos caminar por la ciudad con los corazones limpios.

-Siempre he oído decir que es usted un hombre valiente -respondió el detective-, pero no le conocía sabio y piadoso. Dice usted la verdad, y su acento me conmueve. Este mundo es, en efecto, un lugar de prueba.

-Estamos en medio del puente -dijo Florizel-. Apóyese en el parapeto y mire hacia abajo. Como esa agua que corre, las pasiones y complicaciones de la vida arrastran a la honradez de los débiles. Permítame contarle una historia.

-Estoy a las órdenes de Su Alteza -dijo el detective.

E imitando al príncipe, se apoyó en el parapeto y se dispuso a escuchar. La ciudad dormía; salvo las infinitas luces y el contorno de los edificios contra el cielo estrellado, hubieran podido estar solos a la orilla de un río y en medio del campo. -Un general -comenzó el príncipe Florizel-, un hombre de valor y conducta intachables, que había ascendido por sus méritos a un rango eminente y ganado para sí no sólo la admiración, sino también el respeto de los demás, visitó, en mala hora para su tranquilidad de espíritu, las colecciones de un rajá de la India. En ellas vio un diamante de tamaño y belleza tan extraordinarios que, a partir de ese momento, tuvo un solo deseo en la vida: se sintió dispuesto a sacrificar el honor, el prestigio, la amistad, el amor a su país, con tal de poseer aquel trozo de cristal deslumbrante. Durante tres años sirvió al potentado semibárbaro como Jacob sirvió a Labán; falseó fronteras, toleró asesinatos, condenó y ejecutó a un compañero de armas que había tenido la desgracia de ofender al rajá con sus honestas pretensiones de libertad; por último, en una hora de gran peligro para su patria, traicionó a sus propios hombres y permitió que fueran derrotados y muertos por millares. Al final acumuló una gran fortuna y se trajo consigo el diamante tan codiciado.

»Pasan los años y al cabo pierde el diamante por accidente -siguió diciendo el príncipe-. Cae en manos de un joven sencillo y trabajador, un erudito, un ministro de Dios que inicia una carrera provechosa y hasta distinguida. Tampoco él puede resistir su encanto: todo lo abandona, su santa vocación, sus estudios, y huye con la gema a un país extranjero. El militar tiene un hermano, un hombre astuto, atrevido e inescrupuloso, que se entera del secreto del clérigo. ¿Qué hace? ¿Se lo dice a su hermano, le denuncia a la policía? No, también es víctima del hechizo diabólico, la piedra debe ser para él. Corriendo el riesgo de mancharse con una muerte, droga al joven eclesiástico y se apodera de su presa. Y ahora, por obra de un azar que no es importante para mi enseñanza moral, la joya pasa a manos de otro que, aterrado por lo que ve, la entrega a una persona de alto rango, por encima de toda sospecha.

»El jefe militar se llama Thomas Vandeleur -continuó Florizel-. La piedra es el Diamante del Rajá. Y aquí la tiene usted -abriendo la mano de pronto- ante sus propios ojos.» El detective dio un paso atrás y lanzó un grito.

-Hemos hablado de corrupción -dijo el príncipe-. Para mí, esta joya de cristal reluciente es tan abominable como si estuviera entre los gusanos de la muerte; tan espantosa como si estuviera bruñida con sangre de inocentes. La veo brillar en mis manos y sé que resplandece con el fuego del demonio. No le he contado sino una centésima parte de su historia; la imaginación vacila ante lo ocurrido en épocas remotas, ante los crímenes y traiciones que inspiró a los hombres; durante años y años ha servido fielmente a las potencias del mal. ¡Basta, digo yo! ¡Basta de sangre, de deshonra, de vidas deshechas y amistades quebradas! Todo llega a su fin, el mal como el bien, la peste como la música más hermosa; que Dios me perdone si cometo un mal, pero el imperio del diamante termina esta noche.

Hizo un movimiento brusco con la mano y la piedra preciosa, describiendo un arco de luz, fue a perderse en el fondo del río.

-Amén -dijo Florizel gravemente-. He dado muerte al basilisco.

-¡Dios me perdone! -gritó el detective-. ¿Qué ha hecho? ¡Me arruina usted!

-Tengo la impresión -dijo el príncipe sonriendo- de que muchas personas adineradas que viven en esta ciudad podrán envidiarle su ruina.

-¡Ah! ¿Su Alteza me corrompe, después de todo?

-Parece que no quedaba otro remedio -respondió Florizel-. Ahora vamos a la prefectura.

Poco tiempo después se celebró, estrictamente en privado, la boda de Francis Scrymgeour y la señorita Vandeleur; el príncipe Florizel fue el padrino del novio. Los hermanos Vandeleur oyeron rumores de lo sucedido con el diamante, y las grandes operaciones de sondeo organizadas en el Sena para admiración y entretenimiento de ociosos. Cierto es que, por un error de cálculo, han elegido el otro brazo del río. En cuanto al príncipe, persona sublime, ha terminado su papel y, junto con el autor árabe, puede ir a perderse dando vueltas y vueltas en el espacio. Si el lector insiste en recibir informaciones más concretas, tengo el gusto de decirle que no hace mucho una revolución le arrojó del trono de Bohemia, como resultado de sus constantes ausencias y de su magnífico descuido de los asuntos públicos, y que Su Alteza ha abierto una tabaquería en Rupert Street, muy frecuentada por otros refugiados extranjeros. Yo mismo voy de cuando en cuando a fumarme un cigarro, y me parece que Florizel es aún tan grande como en sus días de prosperidad; mantiene detrás del mostrador un aire majestuoso; y aunque la vida sedentaria empieza a hacer efecto en el ancho de sus chalecos, es probablemente el más apuesto estanquero de Londres.